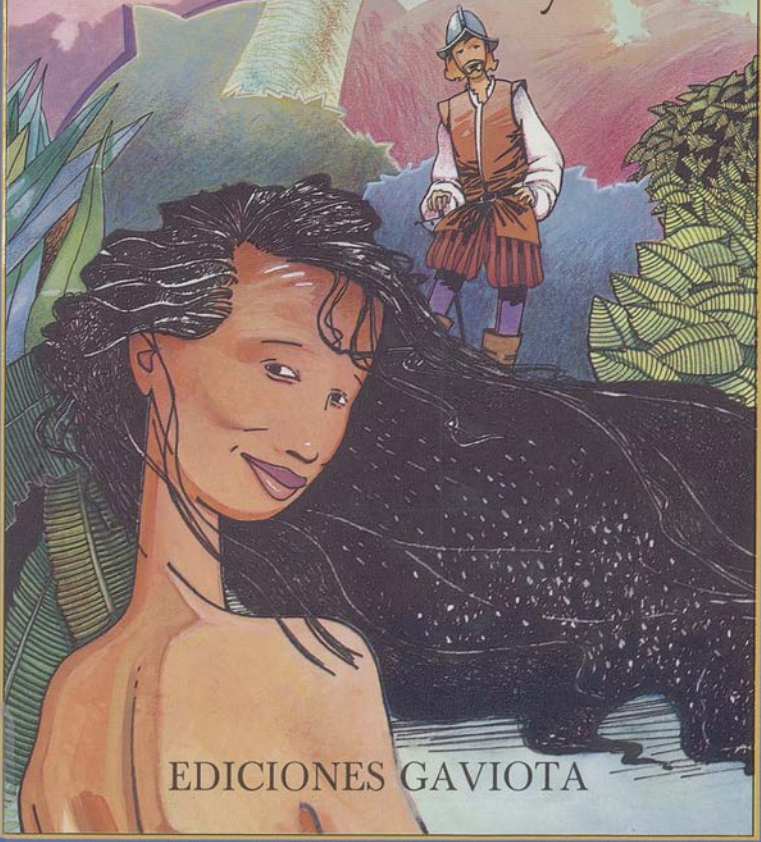
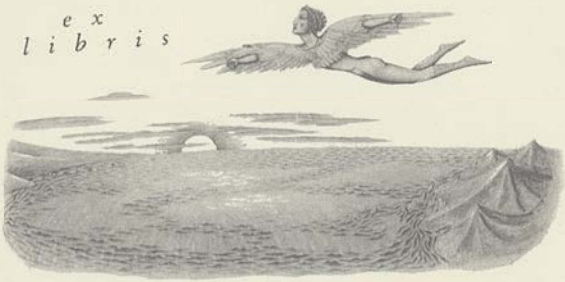
Caramurú y la anaconda

Concha Zardoya



EDICIONES GAVIOTA



UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA
Biblioteca General del Campus de Cuenca
Registro: 38910 **Signatura:** BV-LIN-1 208-car

4040141 BV 2851

Para Carmen Bravo-Villasante,
esta "historia" que sale a luz
en el V Centenario, con mi
amistad, mi recuerdo y
mi cariño

Carmelo

7-X-92

CARAMURÚ Y LA ANACONDA

CONCHA ZARDOYA

CARAMURÚ Y LA ANACONDA

Ilustraciones de
JOSÉ ENRIQUE PÉREZ PALOMO

UNIVERSIDAD DE CASTILLA LA MANCHA
BIBLIOTECA GENERAL CUENCA

EDICIONES GAVIOTA

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.
Reservados todos los derechos, incluido el derecho de venta, alquiler, préstamo o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar.

© Concha Zardoya
© de la presente edición
EDICIONES GAVIOTA, S. A.
ISBN: 84-392-8072-6
Depósito legal: LE. 256-1992
Printed in Spain - Impreso en España

EDITORIAL EVERGRÁFICAS, S. A.
Carretera León-La Coruña, km 5
LEÓN (España)

INTRODUCCIÓN

El cronista López de Gómara escribía en 1551 que «la mayor cosa después de la creación del mundo... ha sido el descubrimiento de las Indias». Esta afirmación —a pesar de que su enfoque sea propio del siglo XVI*— encierra una verdad histórica siempre vigente. Con el descubrimiento y exploración del continente americano, no sólo se completó y perfeccionó la imagen física del mundo, sino que se abrieron cauces a la expansión civilizadora de los europeos, se universalizaron las comunicaciones y el transporte y se lograron fecundas experiencias étnico-sociales.*

En esta obra colosal les cupo a las naciones ibéricas una actuación de máxima importancia: a España, en primer término, y, luego, a Portugal en sus posesiones brasileñas.

No vamos a historiar aquí la acción descubridora y exploradora de España desde las Capitulaciones de Santa Fe firmadas por los Reyes Católicos y Cristóbal Colón el 17 de mayo de 1492. Tampoco nos correspon-

de examinar las múltiples cuestiones suscitadas por sus famosos viajes de «descubrimiento» o inesperado «encuentro» con razas y culturas desconocidas entonces para el Viejo Mundo, que en 1507 reconoció la continentalidad de las tierras descubiertas. Ni vamos a mencionar las numerosísimas exploraciones que siguieron, salvo el descubrimiento del océano Pacífico —mar del Sur para su descubridor, Vasco Núñez de Balboa— en 1513, y el viaje de circunnavegación iniciado por Hernando de Magallanes en 1519 y terminado por Juan Sebastián Elcano en 1522, sin duda la más grande expedición náutica que registra la Historia.

A la exploración geográfica siguió la inmediata ocupación de los territorios descubiertos. Conocidas y dominadas las dos grandes áreas de cultura indígena —la azteca (Méjico) e inca (Perú)—, sobre ellas se asentó la organización eclesiástica, administrativa y política del imperio hispano-colonial. Sólo recordaremos que, a partir de entonces, puede decirse que los dominios españoles en América estaban asentados en dos virreinatos básicos: el de Nueva España o Méjico, que abarcaba teóricamente toda la América del Norte, la Central y las Antillas; y el del Perú, cuya jurisdicción se extendía por toda la América del Sur, exceptuando las posesiones portuguesas. Cada uno de estos virreinatos estaba dividido en distritos audienciales para lo jurídico-administrativo, en gobernaciones y provincias para lo político y en arzobispados y obispados para lo eclesiástico. Sólo había transcurrido poco más de me-

dio siglo desde el descubrimiento del nuevo continente y ya España había configurado el imperio más extenso de los tiempos modernos. El primer historiador de las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, explica esta hazaña de la manera más sencilla: «Todos mostraban iniciativa y espíritu, lo mismo nobles caballeros que plebeyos; por cuya causa, aunque pocos en número, han hecho los conquistadores españoles lo que no pudieran haber hecho muchos de otras naciones».

Las proezas personales y las incidencias de la lucha con los indígenas no interesan a una historia de la cultura tanto como el significado de la conquista y el sentido de la colonización. Para conocer y comprender ese significado y ese sentido es preciso saber interpretar lo que España y Portugal hicieron en América; por qué y para qué lo hicieron. Sería igualmente erróneo e injusto dar crédito a la leyenda negra o a la blanca, porque la verdad es que ni todo fue destructivo ni todo ejemplar ni edificante. Ni los conquistadores fueron siempre bandas de aventureros rapaces y sanguinarios ni siempre impecables caballeros de una cruzada ideal. Es igualmente esencial no confundir la intención del Estado español o portugués, en su empresa conquistadora y colonizadora, con la conducta personal de los conquistadores, ni aun con los órganos ejecutores de la voluntad estatal en las tierras descubiertas.

La iniciativa de los descubrimientos y conquistas fue idea y decisión de hombres audaces y valientes que, con licencia o sin ella todavía de la corona de España

o de Portugal, se lanzaban a empresas descomunales; todos ellos movidos por vagas y muchas veces equivocadas ideas sobre la situación, extensión, riqueza y riesgos de las soñadas tierras. El impulso, el dinamismo y la vehemencia de los conquistadores originaron casi todo lo que puede hallarse de condenable en la conquista del Nuevo Mundo. Pero en el ímpetu y en la energía de aquellos hombres radicó también lo que tuvo de increíblemente rápida y eficaz.

Por otra parte, Carlos V —en cuya época se hicieron las conquistas más importantes— se hallaba demasiado absorbido en sus guerras y afanes imperialistas en Europa para prestar mucha atención a lo que estaba ocurriendo en tan lejanas y fantásticas tierras. Los conquistadores actuaron en los primeros tiempos casi enteramente por su cuenta. En aquellas condiciones de libertad en la acción, de ardor en los propósitos, exacerbados por la fe en el triunfo y por las enormes dificultades que ofrecía, se comprenden —aunque no se justifiquen— los arrebatos y excesos en el sojuzgamiento de los indígenas rebeldes y las insubordinaciones, indisciplinas, celos y rivalidades entre los mismos conquistadores, que se iniciaron en el primer momento con los hermanos Pinzón, respecto de Colón; que siguieron entre Hernán Cortés y el gobernador Velázquez, y que culminaron en la lucha fratricida entre Pizarro y Almagro.

Sobre los móviles de la conquista, cierta historia ha destacado el sueño del oro, el ansia de riqueza. Pero

sobre esta cuestión habría mucho que considerar y debatir, tratar y puntualizar.

Uno de los temas de la conquista y colonización que se han narrado y discutido más apasionadamente ha sido el de la conducta de españoles y portugueses con los indígenas. El tema es tan complejo que merece y requiere distinguir aspectos tales como el de sojuzgamiento, la convivencia y la evangelización del indio. Severidad extrema y crueldad sanguinaria en muchas ocasiones. En otras, habilidad, diplomacia y caballerosidad no menos estimables que las dotes militares. Aunque se dieran, sobre todo al principio, no hubo ni destrucción ni esclavitud sistemáticas del indígena —protegido por las Leyes de Indias—, sino sobre todo convivencia. Convivencia tan íntima que no hubo el menor escrúpulo en llegar al cruzamiento de la raza conquistadora con la sometida. La ausencia de prejuicios raciales y la disposición a mezclar su sangre con la de cualquier otro pueblo ha sido una de las más nobles y exclusivas actitudes ibéricas. En una real cédula de 1515 decía el emperador: «es mi voluntad que las dichas yndias e yndios tengan entera libertad para se casar con españoles».

El resultado fue la aparición de una nueva modalidad racial: la mestiza, testimonio humano significativo de la conducta de España en América. Portugal tampoco la despreció.

* * *

Caramurú y la anaconda *narra la biografía —ficticia— de Diego Alvares Correa, portugués enrolado en la expedición del español Diego de Nicuesa y cuya nave zozobra en una gran tormenta. Se salva del naufragio, asido a un tonel, y llega a la costa del Brasil. Le reciben indios pacíficos cuya amistad gana con benévolo ingenio. Se convierte en un «maestro» que les enseña cuanto les sirve para mejorar sus condiciones de vida. Le respetan y le aman porque los ha «conquistado» con amor e inteligencia. Se casa con la hija del cacique de la tribu: ella le da dos hijos. Ahora el benefactor de los indios se llama Caramurú... Es el «genio de la selva», porque su cuerpo y su espíritu se han identificado con cuanto la selva es y significa. Y representa simbólicamente al hombre que procura aclimatarse a la naturaleza virgen, aunque ésta sea cruel muchas veces: la anaconda —por ejemplo— devora a uno de los hijos de Caramurú. Pero su ánimo resiste y la adversidad no puede destruirle.*

La inventada historia de un personaje real —sabemos su nombre verdadero— es un libro de aventuras que supuestamente ocurren en el siglo XVI *y en tierras brasileñas. Es también la historia de un amor para el que no existen diferencias raciales. Nos revela, además, costumbres indígenas; nos enseña particularidades de la flora y de la fauna selváticas. Es paradigma de mestiza integración racial, cultural y lingüística. Subraya la adaptación de los hombres a ríos y bosques, en un natural ecologismo. El valor humano se enfrenta con*

las fuerzas de la Naturaleza y en ocasiones las supera, sin destruir la germinación de las especies.

Caramurú, el bienhechor blanco, no es el guerrero que conquista y vence, sino el hombre que enseña y civiliza porque es inteligente, sensible y, sobre todo, porque ama, comprende y actúa en servicio del bien común.

Caramurú y la anaconda *es una narración ejemplar, digna de ser leída entre los libros que conmemoran el V Centenario del Descubrimiento de América.*

CONCHA ZARDOYA

I

La carabela de Nicuesa

La empresa del descubrimiento de América, iniciada por Colón, se convierte pronto en empresa nacional. Valerosos e inteligentes pilotos españoles —algunos de los cuales han acompañado al Gran Almirante en sus primeros viajes— la continúan con licencia del Rey. De modo que cuando Colón muere en 1505, los españoles han descubierto casi todas las islas del mar de las Antillas y del mar Caribe, gran parte de la costa oriental de la América Central y extensas porciones del litoral norte y nordeste de la América del Sur. Entre los exploradores españoles de esta época sobresalen Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa. Este último será el primero en trazar un mapa del Nuevo Mundo[1] y en el cual se consignan los resultados de la expedición emprendida por Ojeda, descubriendo éste las bocas del

[1] *Carta de Marear* o *Mapamundi.*

Orinoco y la costa del golfo de Paria, tierra que comenzó a llamarse *Venezuela* (Venecia la Chica).

El rey don Fernando ha resuelto colonizar la región ístmica o América Central, región de cuya riqueza de oro se tiene noticia por las expediciones de Colón, Juan de la Cosa y Vespucio. Tan opulenta comarca es dividida en dos provincias: *Veragua* (Panamá) y *Castilla del Oro* (Colombia), de las que son nombrados gobernadores Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda, respectivamente. Los dos gobernadores han de salir juntos de *La Española* (Haití). Sin embargo, Ojeda parte sin esperar a su rival y compañero, que allí queda detenido a causa de sus numerosas deudas (1509).

Alonso de Ojeda desembarca imprudentemente con un centenar de hombres. Casi todos son malheridos por los indígenas, y, como las flechas de éstos están envenenadas, mueren más de la mitad, entre ellos el mencionado Juan de la Cosa, el ilustre cartógrafo. El mismo Ojeda es hallado con vida milagrosamente, después de permanecer abandonado en la selva largo tiempo. La derrota de Ojeda es vengada por Nicuesa, quien, generosamente y olvidando sus antiguas desavenencias, le presta ayuda. Puede entonces Ojeda volver a La Española a buscar recursos para continuar la empresa, dejando en Castilla del Oro como jefe a Francisco Pizarro; pero no logra la ayuda que necesita, y muere allí, pobre y desauto-

rizado. Los soldados de Pizarro son recogidos por Martín Fernández de Enciso, y con ellos se dirige hacia el golfo de Urabá (Colombia, frontera con Panamá), donde, en territorio de Nicuesa, se funda la ciudad de Santa María del Darién.

La expedición de Nicuesa ha de ser todavía más desgraciada. Los setecientos hombres que lleva de La Española a Veragua quedan muy pronto en setenta, reducidos al fortín de Nombre de Dios. En las mismas carabelas en que Rodrigo de Colmenares les lleva víveres, dejan Nombre de Dios y se refugian en el Darién. Al llegar a Santa María, Nicuesa —alegando que la colonia ha sido fundada en territorio de su gobernación— quiere imponer su autoridad; pero los colonos, dirigidos por Vasco Núñez de Balboa, se niegan a reconocerle por jefe y le obligan a reembarcar con sus partidarios. Entre ellos va el portugués Diego Alvares Correa, nuestro héroe.

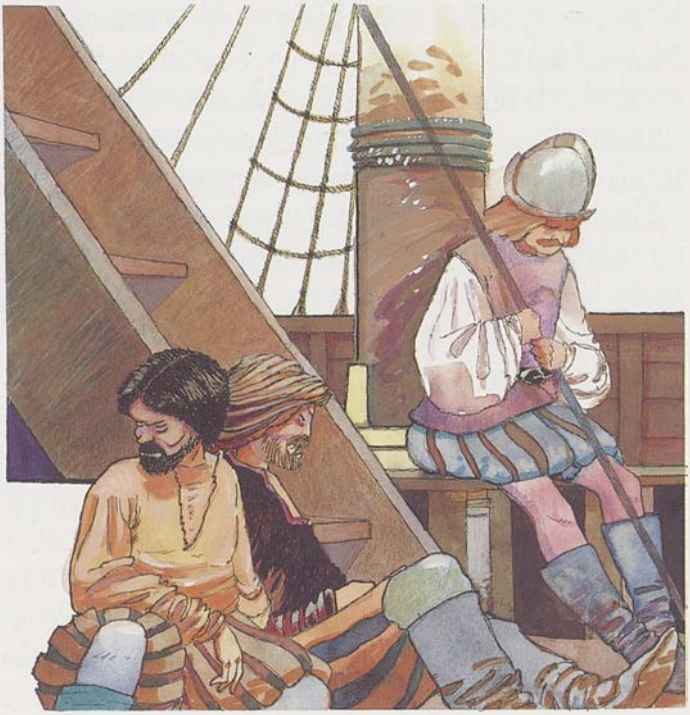
Sigamos el destino de la nave sin fortuna. Aciaga suerte espera a sus tripulantes, pero nuestro Diego Alvares Correa...

* * *

Los soldados van tristes. Los ojos, en los enflaquecidos rostros, miran lejos o se ensimisman. Tal decaimiento moral y físico ha contagiado a los marineros. Diríase que la nao está navegando a la deriva, como si nadie tuviese especial interés

en arribar a un puerto indeterminado. El ansia exploradora y la sed de conquista son sentimientos extintos. Nada acucia a estos hombres desalentados que han perdido la fe y acaso toda esperanza. La desventura y el fracaso sufridos les han doblegado el espíritu, antes enhiesto siempre en los mayores obstáculos y privaciones.

La misma calma del mar y del viento acrece la abulia y el desengaño. Ninguna ilusión, ningún



ensueño les habita el alma desolada. La laxitud marina no les duerme las penas, sin embargo, y no les serena las amarguras.

Cuando adviene la noche, la más extraña soledad reina a bordo de la carabela, y esta soledad horrible es un tormento, una angustia, acaso un presagio de muerte. Los marineros que no están de servicio yacen echados en sus literas y duermen. Sólo el piloto vela, en su puesto: es la única mano que sabe mantener a la carabela en la buena dirección...

Nicuesa, como el piloto, tampoco duerme: el fracaso de sus ambiciones le pincha, le zahiere el ánimo, le rebela el orgullo. Vueltas y más vueltas sobre el lecho estrechísimo; angustia sobre angustia; inquietud sobre inquietud, y desesperanza sobre desesperanza. Si, al menos, el sueño bajara a posarse sobre sus fatigados párpados abiertos... Pero están clavados en la oscuridad, mientras el suave balanceo de la nao no es capaz de dormirlos dulcemente.

Diego Alvares Correa, en cambio, duerme. Duerme como sólo saben hacerlo aquellos hombres que desconocen el miedo y la desilusión, a quienes nada desconcierta, ni amilana, ni sorprende. El portugués es un hombre de una sola pieza, como un erguido mástil en medio de la tempestad: es un lusitano resuelto, duro y recio como las rocas de la sierra de la Estrella, allá en su

país. Duerme, y su sueño tiene la misma calma del mar.

Pero... ¡detrás de la calma se ocultan el vendaval y la tormenta!

* * *

Muy ligera, angosta, con una sola cubierta, espolón a proa, popa llana, tres palos y cofas sólo en el mayor, con antenas en los tres para velas latinas y algunas vergas de cruz en el mayor y en el de proa, la carabela no avanza y apenas acusa un mínimo vaivén de babor a estribor. Ni el más imperceptible soplo de viento. Los marineros cambian las velas a menudo, por ver si el aire sopla en alguna dirección. ¡Cómo quisieran tenderlas al viento favorable y navegar a todo trapo! ¡Cómo ansían oír la orden de «largad, largad velas»!

Vano es el deseo.

¡Calma chicha! ¡Perfecta inmovilidad!

* * *

El mar, como se esperaba, ha cambiado de actitud. Oscura traición se ocultaba detrás de su impasible ceño.

¡Ah, si la carabela fuese sólida! Pero es ligera como una pluma, débil y frágil.

Las olas se rompen a babor y empiezan a barrer el puente. El viento también se ha despertado

y se entretiene o divierte encrespando el mar. Un fuerte oeste-noroeste acuesta la nave sobre estribor. La campana de cobre acaba de sonar llamando a la tripulación. El viento se estrella sobre el ancho cuerpo de Nicuesa, lúgubremente. Los marineros vigilan las velas y esperan la orden de recogerlas, pero el gobernador de Veragua permanece en silencio y nadie se explica su mutismo y su tranquilidad.

El portugués Diego Alvares Correa, mirando la azotada cofa del palo mayor, dice:

—Parece que el demonio nos sigue en nuestra ruta. ¡Maldito sea!

Y se vuelve hacia el Norte y después hacia el Oeste.

El viento le fustiga la cara con sus silbantes látigos despiadados.

Goterones de lluvia le ciegan los ojos y su mano llega a éstos para secarlos.

Por su parte, Nicuesa se siente como un ciego, impotente para dirigir la nao, esta nao que cruje y gime a sus pies.

Las poleas entrechocan, los cordajes baten y el vendaval arranca verdaderos aullidos a los obenques, a las drizas y a los estayes.

Nicuesa mira, durante algunos minutos, la rosa de los vientos, la aguja imantada. Después, ordena al primer contramaestre:

—Vigilad bien. Si el viento afloja, prevenidme.

—Así lo haré —responde el viejo hombre de mar.

Luchando contra la borrasca que le lanza de costado, Nicuesa da algunos pasos hacia adelante y examina el estado de la arboladura. Mas pronto, cegado, da media vuelta y pregunta al contramaestre:

—¿A quién le toca la guardia?

—A Diego Alvares Correa.

—Decidle que me prevenga del menor cambio del tiempo.

El marino hace un gesto como para expresar que esta recomendación es inútil, y añade, sin expresar netamente su pensamiento:

—Descuidad...

Nicuesa baja los escalones que conducen a la especie de balcón desde donde los pilotos se esfuerzan en mantener la carabela en ruta y, después de haber contemplado largamente la cubierta, desaparece en el interior de su cámara. Pero los bandazos de la nao son tan violentos que no puede sentarse junto a su mesa. Con las piernas separadas para resistir las sacudidas de la embarcación, su mirada resbala sobre el mapa trazado por el difunto Juan de la Cosa...

«Nos dirigiremos, como podamos y nos deje la tempestad, hacia el Suroeste, siguiendo la ruta de Cabral y de Vespucio. Ellos fundaron, en una bahía bellísima, el puerto de Río de Janeiro. Me

da en el corazón que aquella tierra es muy rica...», piensa.

Al poco rato musita débilmente:

—La carabela es bastante fuerte para resistir esto.

Nicuesa no puede más que esperar. Debe oponer al furor de la tormenta su paciencia y su serenidad. Nada de lo que tiene delante de sus ojos —ni sus «instrucciones», ni los instrumentos náuticos, ni las cartas de marear, ni el libro de a bordo— puede serle útil por el momento. Y apoya la frente en sus manos frías.

Está cansado, terriblemente cansado, y, no obstante, no siente fatiga ni necesidad de comer ni de dormir.

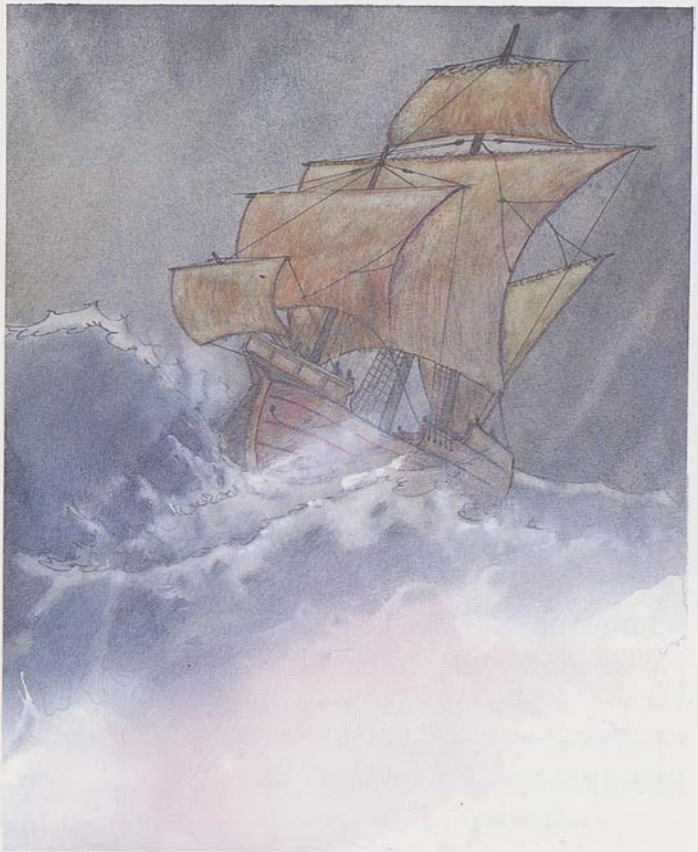
Mas, de súbito, un instante de debilidad le asalta el cuerpo y los sentidos, y cae en una especie de inconsciencia: su cuerpo continúa en la carabela, sacudido por los embates de las olas, pero su espíritu se ha evadido.

—¿A dónde?

* * *

Un viento glacial se opone a la ruta. Los hombres de la tripulación murmuran entre dientes:

—Más fácil nos sería abandonarnos a la dirección del viento, como poniéndonos a su abrigo, que luchar contra el huracán, dejándonos la piel de las manos en los cordajes...



Nicuesa no se ha desnudado ni una sola noche: si descansa un momento, lo hace vestido. Es un esclavo del puente de mando.

La lluvia cae de firme, sin intermitencias, y ciega los ojos. Apenas se distinguen los hombres agrupados en cubierta.

A pesar de la lluvia, el sudor cubre la frente de Nicuesa, como si tuviese fiebre. Ahora teme, a cada bandazo, por la carabela. ¡Ah, es muy difícil mostrarse optimista en semejante circunstancia, lejos de la costa y de toda tierra conocida!

Diego Alvares Correa se aproxima como puede, silenciosamente, y le dice al oído:

—Tened confianza y tratad de dormir un poco.

Pero son lanzados violentamente al suelo. Nicuesa piensa que sus temores van a cumplirse...

Y no se da cuenta de cómo llega a levantarse ni cómo recobra su calma.

Mas hay que admirar el rostro de Nicuesa, pues parece salir de un sueño sin principio ni fin. Caminan a duras penas, entre bandazo y bandazo, entre sacudida y sacudida. La carabela cae, de vez en vez, en profundos hoyos de agua...

¿Quién puede venir en auxilio de la nao zozobrante?

Alvares Correa, a quien jamás traicionan los sentidos, hombre —como hemos dicho— maravillosamente equilibrado, sólido y fuerte, se pregunta con estoicismo:

«¿Y bien?»

Y él mismo se responde, en plena evidencia de la verdad irremediable:

«La carabela se hunde sin remedio, en pleno océano.»

Nicuesa contiene su nerviosismo, pero sus manos temblorosas le traicionan. Una mueca, mitad sonrisa y mitad gesto de amargura, más que la voz de un hombre, anuncia, en tono que no quiere ser trágico, a la amedrentada tripulación:

—¡Abandonad la nao! ¡Naufragamos! ¡La carabela ya no puede resistir el asalto de las olas! ¡Ya no podemos luchar!

Pero su última orden recibe una súbita e inesperada respuesta. La réplica viene de Diego Alvares Correa:

—¡No! —grita—. ¡Debemos seguir luchando por la carabela, porque así luchamos por nuestra propia vida!

La tripulación, sin embargo, agotada por el largo e intenso esfuerzo realizado, acude a los botes de salvamento y empieza a ocuparlos con rapidez. Alguno ya toca el agua...

La nave, herida de muerte, empieza a sumergirse. Las olas entran en la cala, invaden el puente, arrastran a Nicuesa... Los marineros, calafates y maestres, medio aturdidos, sólo tienen una misión: salvarse. Pelean por subir a los botes... El mar corre, desbocado, por la cubierta, como si la nao ya no estuviese a flote.

—¡Salvaos! —le gritan a Alvares Correa.

Mas el portugués permanece impasible, como si el naufragio no le afectase en absoluto. No intenta nada. Asido a un mástil, se yergue con sus

pensamientos serenos, como si estuviese solo a bordo. Dos o tres aullidos y estrépitos anuncian que la carabela ha sido desarbolada. Pronto no es más que un cadáver...

Diego Alvares ha sido vencido. Comprendiéndolo así, se abandona en brazos del oleaje. Todos sus sueños, todas sus esperanzas de juventud han fenecido, justamente, en esta pobre carabela que acaba de hundirse con una lentitud terrible, desmedida. Él ha luchado solo contra el mar y la tormenta, pero casi nadie le ha ayudado, ni siquiera Nicuesa. El derrotismo, aquella misma desolación de la partida, les ha ganado el corazón, les ha detenido el impulso combativo. Pero no sabe —como otros en ocasión semejante— llorar de rabia y de impotencia. Sus ambiciones han de ser arrancadas, ahora, del fondo de sí mismo, para que se las lleven las olas también, con rumbo desconocido, cara a la profunda sima del mar.

¿Y la carabela? Él la ha amado más de lo que imaginaba: era parte de su propio ser. Pero el mar, o Nicuesa, o los tripulantes le han traicionado. Le quedan aún cosas que hacer: él lo sabe. No debe abandonarlo todo: debe salvar su vida, el único bien que le queda.

«Es menester luchar, luchar, todavía —dícese—. ¿Es que va a vencerme el océano?»

Comprende que lo más penoso no ha llegado aún. Es necesario no pensar en la nao, sino en sí

mismo. Abandonarse indolentemente es una traición a la vida.

Dirige su mirada hacia el cielo. El alba blanquea las nubes.

«¿Ha acabado ya la noche?», se pregunta.

Vuelve la cabeza para contemplar el espectáculo del naufragio y siente sobre su rostro el aliento de otro hombre.

—¿Eres tú, Juan? —pregunta Diego, reconociendo a un marinero.

—Sí —susurra éste.

—¿Y Nicuesa, di?

—Un mástil, al derrumbarse, le cortó un pie.

—¿Cómo? —interroga Diego, rehusando comprender.

—¡Oh! Sólo tenía un muñón de carne —explica el marinero a Diego.

Mas, apenas acaba de decir esto, el desfallecimiento le gana. Su cabeza cae sobre el hombro, pero, al instante, se vuelve hacia Alvares Correa y le dirige una pobre sonrisa.

—Me siento más débil que una mujer —logra decir al fin.

Y con una sonrisa pálida se sumerge en el mar. Sólo un glo-glo... y nada más.

Lo mismo, al poco tiempo, ocurre con la carabela de Nicuesa.

Diego Alvares Correa flota en el océano, asido a un tonel, a la deriva, a la deriva...

II

Milagrosa llegada al Brasil

Al romper el día —¿cuántos ha flotado sobre el mar?—, el náufrago avista la oscura línea de una costa.

—¡Tierra! ¡Tierra! —exclama su voz, en júbilo.

Mas ¿cuál tierra? ¿Cuál país desconocido? El corazón de Diego se aprieta de interrogaciones... Pronto una firme esperanza crece en su ánimo y dibuja una idea.

—¿Será el Brasil, aquella Tierra Firme descubierta por Américo Vespucio, el navegante florentino al servicio primero del rey de Portugal y después de los Reyes Católicos? —se pregunta.

Y recuerda el nombre de la bahía de Todos los Santos, el nombre de Río de Janeiro... El descubrimiento ocurrió hace ocho años, en 1502.

* * *

¡Brasil! Es un nombre misterioso, difícil de explicar. En Oriente designaba una madera de color

rojo empleada para teñir, originaria principalmente de Malabar y del archipiélago Índico. En el siglo XV el vocablo apareció como nombre de una gran isla del océano Occidental... Tierra fabulosa, en resumen. Entre 1480 y 1495 diversas naos buscaron la isla, pero, naturalmente, no la encontraron. Hasta que llegó Vespucio... Pero no era una isla, sino un continente enorme.

Acaso el nombre provenga, pues, de haber hallado en sus selvas abundantes árboles de madera roja, semejantes a los de Oriente...

* * *

El tonel y el náufrago se aproximan más y más a la costa. Ya no es ésta una línea oscura, indecisa, sino que aparece con entera nitidez.

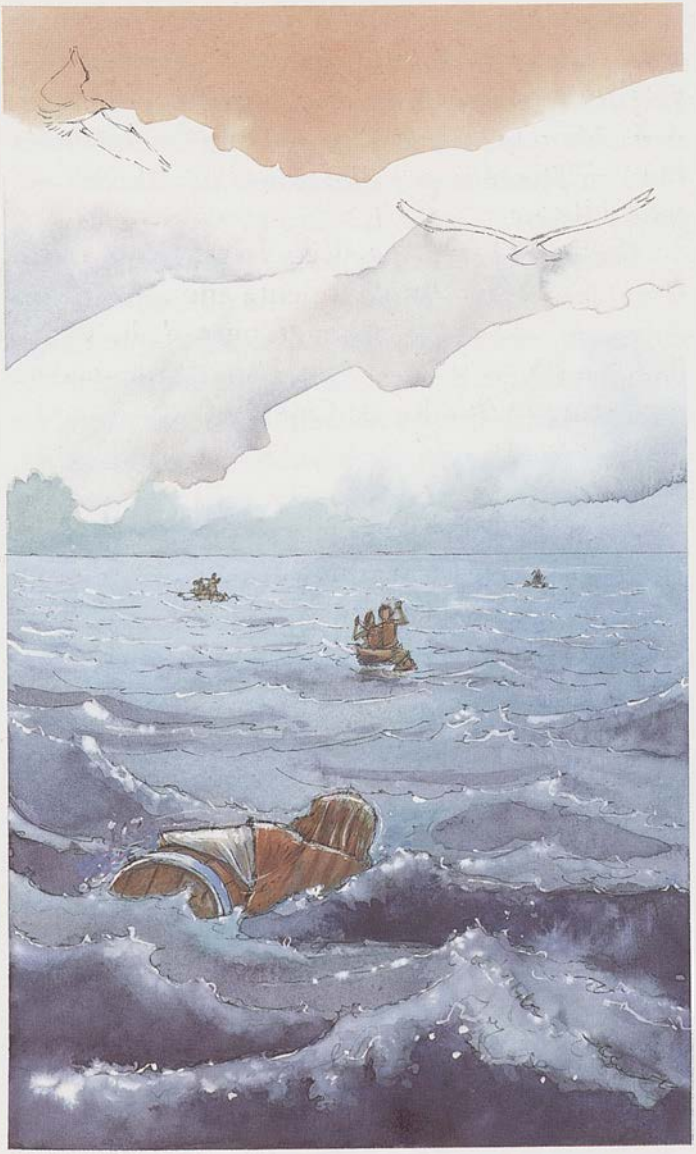
Diego muestra un semblante demacrado. Crecidas barbas de nazareno orlan su rostro. Los ojos le brillan de fiebre y de sed...

Los bultos de algunas barcas van precisándose ante la ansiosa mirada del náufrago. Al instante descubre que son pescadores. ¿Qué clase de pescadores? ¿Indios? ¿Blancos?

—¡Dios lo sabe! —exclama entre dientes Alvares Correa.

Pero una embarcación pesquera viene a su encuentro.

—¡A salvo! ¡Por fin a salvo! —es el grito que exhala su garganta, saliéndole desde el corazón.



Indios de color cobreño tripulan un tronco de árbol, hueco, robusto y, al mismo tiempo, ligero y veloz. Los toscos remos se mueven con agilidad, rítmicos, musicales, al batir las apacibles olas, empuñados por mocetones de cabellos negros y largos.

Cuando el rústico bote se halla junto al náufrago, los indios invitan a éste a que suba. Gesticulan con animación. Le hacen señas que Diego comprende fácilmente. Le suben, sin abusar demasiado de la brusquedad ni de la delicadeza. Le tienden en el fondo. Como el barril se ha alejado, el más joven de los indios se lanza al mar y vuelve con él a la embarcación.

Diego prefiere yacer así, en silencio, inmóvil. Se siente agotado. Pero algo más le impulsa a tal actitud: quiere observar a sus salvadores con disimulo. A través de sus párpados semicerrados examina detalladamente cada uno de sus gestos, el vestido que llevan —un taparrabos somerísimo—, los adornos pintarrajeados en los broncíneos cuerpos, los collares de huesos de frutas, las flechas y el arco o cerbatana... Entre otras cosas, ve que en un extremo del bote tienen un anzuelo, firmemente atado: los peces muerden con facilidad. ¡Y cuántos y cuántos empiezan a rodearle en el fondo de la embarcación! El olor que exhalan se le hace insoportable. ¡Su estómago tan vacío, estragado además por el agua del mar...! Delfines,

grandes caballas, algunos peces extraños relucen y saltan junto a sus brazos, sus pies y su cabeza. Bullen, rebullen, se apaciguan, mueren. Pero caen otros sobre éstos, y la masa de escamas relucientes vuelve a bullir, a rebullir, a apaciguarse...

Diego observa que no lejos de su mano hay una cuba de agua y un saco.

«Las provisiones», piensa.

Pero no se atreve a pedir nada, bien a pesar de su necesidad.

Los indios no han interrumpido ni un solo momento su faena desde la aparición del náufrago. No es que no le hagan caso, no, sino que cumplen con su obligación debidamente.

Cuando el viejo tronco de árbol —el bote— está bien cargado de peces, abandonan el trabajo. ¡Ah! Llega el momento de la comida.

Diego ve que amasan con agua una especie de harina: la mandioca.

«¡Es la *farinha de pao!*[1] —dícese—. ¡Harina de casabé, el pan de los indios!»

Le ofrecen una porción, que él devora y engulle con avidez. Los hombres cobreños le sonríen abiertamente. Luego, le dan frutas, jugosas, aromáticas, dulces. Diego —acabado el yantar— les da su único tesoro: una cadena de oro que hasta ahora ha pendido de su cuello. La amistad, con

[1] Harina de madera.

este acto, ha quedado sellada entre el blanco y los indígenas.

Alvares les señala la costa. Los mocetones de color le responden con una sola palabra:

–¡Caeté! ¡Caeté![2].

Y la barca enfila hacia la costa. Grandes pájaros marinos vienen a saludarla con estridentes gritos. Un ave quiere robar un pez, pero los indios espantan a todas con los remos. Insisten las aladas criaturas, y la escena tiene que repetirse numerosas veces, hasta que llegan a la playa.

Diego percibe que el panorama es bello en extremo.

«Se trata de una tierra rica y, por lo menos, fértil. Los indios, teniendo como muestra a éstos, son acogedores y hospitalarios... ¡Gran fortuna la mía!»

Los selváticos parajes muestran, a los ojos de Alvares, una exuberante variedad de árboles altísimos.

La embarcación está llegando a la playa. Cuando los indios de ésta perciben al extranjero, dan grandes gritos y entran en el agua para contemplarle de cerca.

Asombrados rostros morenos se asoman a la barca y miran embobados al portugués. Éste les

---

[2] En lengua tupí, Tierra Firme. Tierra no expuesta a las inundaciones.

sonríe, y los indios le devuelven la sonrisa con expresión alegre. Alguno se atreve a palmotearle la espalda.

Saltan a la arena los pescadores. Diego los imita y los sigue. Una enorme escolta los acompaña.

¿Puede darse mejor llegada y más feliz recibimiento?

Diego empieza a ver flores y flores y más flores, e infinita variedad, bellas, bellísimas, perfumadas y de color vibrante.

«Sobrepujan a las de los jardines lusitanos», piensa.

Pero no sólo hay flores. Pájaros, pájaros, incontables, pequeños casi todos, vuelan en círculo. Distingue a los enhiestos machos del más elegante plumaje: al colibrí. No faltan tampoco los tucanes, el cóndor. No ya por los aires, sino caminando por el suelo, ve a los *hocos,* especie de gallinas silvestres; a los ñandús, especie de avestruces... En fin...

¡Ah! Pero ¡y las mariposas! Mariposas, mariposas gigantescas, multicolores, revoloteando en torno a la copa de los árboles, en torno a la cabeza del visitante. Diego intenta coger una, pero es en vano.

«Son difíciles de coger. Sin embargo creo que, en los momentos en que sopla la fuerte brisa del mar, se acercarán al suelo, obligadas por aquélla.»

Entran en un bosque. Empiezan a aparecer

chozas cuadrangulares o redondas, cubiertas con hojas de palmera.

Algunos indios e indias trenzan y tejen a la puerta de sus viviendas, con pasmosa facilidad. Otros modelan cacharros de alfarería con idéntica destreza.

«¡Buen pueblo laborioso éste!», dícese Diego con satisfacción.

Detrás de las chozas, el portugués observa unos primitivos cultivos.

«De ahí extraen estos indios la alimenticia *farinha de pao,* sin lugar a dudas», comenta para sí al poco rato.

«Pero ¿adónde me llevan? —piensa después—. A la presencia del jefe, seguramente. ¡Que la suerte me sonría!»

Una choza, mayor que las demás, aparece en un espacio despejado, pero al abrigo de los grandes árboles.

«Heme ante la mansión real», argúyese Diego.

La multitud de indios que le ha servido de escolta se abre y se ordena en semicírculo, en espera de grandes acontecimientos. La expectación eleva murmullos, obligado comentario a la venida del extranjero y a lo que va a ocurrir en esta especie de plaza.

El corazón de Diego Alvares Correa, a pesar de su entereza acostumbrada, tiembla y palpita. La vida o la muerte dependen de la entrevista.

«Si tuviera algo que ofrecer a este cacique, es seguro que me ganaría su afecto o su amistad —dícese el hombre blanco—. O si pudiera idear algo espectacular, conmovedor...»

Y empieza a pensar, a reflexionar con rapidez.

«Acaso el barril contenga algo de pólvora...»

III

El cacique de Itaparica

HERMOSAS pieles de tigre, de jaguares, de pumas, de oso hormiguero, de gutí, etc., sirven de mullidas alfombras en la choza del cacique de Itaparica, capital de los pueblos tupinambás. Armas de caza, redes y otros utensilios penden de las paredes de adobes, tapizadas con una especie de esterilla regularmente fabricada. Un aseo perfecto y hasta un ambiente perfumado se respira en la pequeña mansión. Las tres puertas de la estancia están cubiertas por unos tapices de *seda del país* toscamente tejidos, y dan paso a otras habitaciones interiores. Una estera de palma cubre el suelo, formando dibujos de colores vivos y combinados con bastante gusto. Extrañas sillas, de maderas indígenas de diferente tonalidad —acaso de *palo santo, guayacán* y *quebracho*[1]— rodean una mesa, formando un

[1] Ébano americano.

conjunto sorprendente. Diego está maravillado.

En fuentes de arcilla cocida hay frutas variadas y abundantes; en vasos cerámicos, flores y hierbas, raras y brillantes. Frutas y flores decoran la estancia con alegría y belleza.

Cuando el cacique aparece ante Diego, éste le saluda con grandes reverencias e hincando una rodilla en el suelo. El anciano jefe indígena, por su parte, responde con unas zalemas semejantes. El portugués entrega al indio un pequeño espejo de bolsillo, y, al ver reflejado su rostro en él, prorrumpe en exclamaciones que Diego justifica como manifestación de júbilo. Una vez calmado su entusiasmo, el cacique recompensa el obsequio del extrajero con una hermosa piel de jaguar. No son para descritas las expresiones de gratitud que finge Alvares Correa, pues sabe negociar bien, y es seguro que se ganará la amistad del jefe indígena.

De pronto, un muchacho tupinambá aparece en la choza, llevando sobre uno de sus hombros el barril de pólvora que logró salvar al náufrago. Diego comprende que ha llegado el momento de asombrar al cacique y a sus súbditos, dando una prueba de fuerza y de poder al mismo tiempo que de generosa condescendencia. Así decide probar ante todos su superioridad. Confiando en que la pólvora adherida al barril está ya seca, levanta la tapa y halla venturosamente cierta cantidad de ex-

plosivo. Recoge un puñado y, con un gesto, ruega al cacique que le permita salir al exterior. El viejo accede gentilmente y le acompaña. Cuando entran en la plazoleta, los tambores resuenan en honor de ambos. Diego coloca el puñado de pólvora sobre una piedra y echa mano a su eslabón y pedernal... La detonación es tan violenta que gran parte de los espectadores indígenas huyen. Mas, al ver que la humareda se disipa y que el extranjero ríe a carcajadas, todos retornan y se postran a sus plantas, a respetuosa distancia. También se humilla el cacique ante el blanco, pero éste le obliga a levantarse inmediatamente. Ambos se abrazan y el júbilo es general.

Un nuevo jefe, con ribetes de brujo poderoso, ha llegado a Itaparica, y todos los jerarcas de la tribu se apresuran a entregar sus presentes a Diego Alvares Correa: plumas, pieles, frutas, pescados, aves de los bosques, collares de piedras multicolores...

* * *

Un indio de importancia en la tribu tiene unas fiebres tenacísimas. El cacique de Itaparica ruega a Diego que intente curarle. El portugués, después de examinar al enfermo, empieza a suministrarle una infusión constante de hojas... Y tan acertada es su medicación, que las fiebres remiten y acaban por cesar del todo.

El respeto hacia Diego Alvares Correa aumenta día por día y extraordinariamente.

Mas, al poco tiempo, se declara entre los tupinambás una verdadera epidemia. Todos en la tribu están atacados.

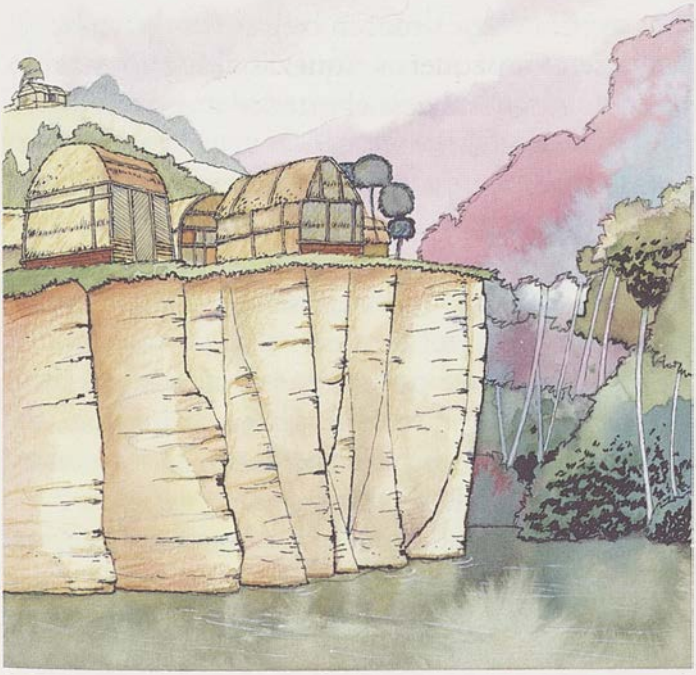
Diego se propone averiguar la causa. En efecto, estudia el país cuidadosamente y llega a la convicción de que el origen de la epidemia emana de una inmensa laguna de aguas muertas. En la imposibilidad de hacerla desecar, les aconseja que cambien las *tolderías* de Itaparica a un punto que él estima saludable.

Los indios le obedecen ciegamente y trasladan sus enseres y pequeñas riquezas al lugar señalado por el portugués, hacia el interior y a orillas de un río que se llama Paraguassú y cuyo nombre también ostenta la hija del anciano cacique. Ya habrá ocasión de hablar de ella.

En el sitio elegido, Diego ordena la construcción de un gran foso, para aislar el poblado de los ataques de otras tribus indias indómitas y crueles y de las fieras. El portugués en persona traza la dirección del foso, aprovechando los accidentes favorables del terreno; vigila los trabajos; perfecciona las toscas herramientas...

Algunos meses se tardan, sin embargo, en poner el terreno en condiciones de habitabilidad, a pesar de trabajar en los fosos más de trescientos indígenas.

Por fin se decide efectuar el traslado de la pequeña ciudad de Itaparica, aunque falta mucho por hacer. No obstante, un inmenso campo de *girasoles* y un hermoso grupo de jóvenes árboles florecientes, junto a los fosos, tienen por objeto sanear benéficamente la atmósfera y alejar por tanto las epidemias y contagios.



En el pequeño territorio, además, se han extinguido las fieras y los bichos perjudiciales, aclimatando los animales útiles y hasta domesticando al oso hormiguero como si fuese un perro.

Desde el primer día, Diego ordena hacer plantaciones de maíz, de *farinha de pao,* etc., para distraer todo lo menos posible los brazos en busca de alimentos y poder cubrir las atenciones de la tribu en cuanto a hombres y animales. La feracísima tierra obtiene cuanto puede hacer falta para la alimentación.

Cuando las chozas quedan de nuevo instaladas en el salubre lugar a orillas del Paraguassú, Diego enseña a los pacíficos indios tupinambás otros muchos conocimientos útiles: por ejemplo, el de la salazón de pescados y de carnes. Con respecto a la de estas últimas, les enseña a quitar los huesos, a cortarlas en lonchas delgadas y no estrechas, a curarlas con sal —que extraen de las rocas de la costa— y a secarlas a la sombra de los grandes árboles del bosque.

Alvares Correa pone constantemente en práctica su iniciativa personal, aguza su ingenio, inventa: ante la ley de la necesidad, le es menester crearlo todo, hacerlo todo.

Comprendiendo, pues, que la riqueza primordial de esta tierra son los productos del suelo, que tanto valor tienen, decide formar la base de su prosperidad cultivándolos y desarrollándolos. Así

ha de procurar que la riqueza agrícola alcance un grado de apogeo. Con este propósito, vence dificultad tras dificultad. Mucho necesita aún para llegar al fin, pero Diego no conoce el desánimo. Por tanto, comienza por obrar ordenadamente: trabaja y hace trabajar durante el día; no abusa del fresco de la noche, por más que sea agradable, y se recoge temprano; pero madruga también. Vida pura, aire libre, alimentos sanos, lucha con la Naturaleza. ¿No es esto algo semejante a vivir en un paraíso?

Todos los indios trabajan. Y no es Diego quien los manda directamente que lo hagan: es su jefe natural, el anciano cacique. Para todo cuanto hay que hacer se dirige a él, y como saben que el beneficio es para ellos, nadie rehúsa, nadie se empereza ni se cruza de brazos. Antes, para procurarse alimentos, pasaban muchos apuros para conseguirlos; ahora, con mucho menos trabajo, han llegado a obtener una vida más regalada. Con estos argumentos, con los cuales no hay necesidad de emplear grandes esfuerzos de persuasión, Diego ha conquistado a los indios tupinambás. Los ha conseguido sólo con la doctrina más natural, que únicamente necesita de una práctica sencilla y diligente.

* * *

¿Qué hacen estos indios, junto al río y en lu-

gar tan apartado? Observemos. ¡Ah! ¡Si están dedicados a su oficio o pasión favorita...! Pescan. Y ¿qué pescan?

Patos. Y por cierto que es muy curioso el procedimiento. Con inmensas calabazas, vaciada completamente su médula de carne, hacen una especie de casco con muchos agujeros para respirar y ver. Se los ponen en la cabeza y entran muy despacio en el agua, hasta acercarse al pato que han elegido, al cual cogen por las extremidades. Si su objetivo es coger muchos, los dejan asfixiarse dentro del agua; si no, los atan y los sacan a la orilla.

¿A qué destinan estos patos? —podemos preguntarnos.

Diego Alvares Correa podría respondernos:

—Depende de sus clases. Los ordinarios los hago cebar, y, de vez en cuando, preparo una especie de pasta fiambre, utilizando la propia manteca del ave palmípeda. No comemos su carne en fresco, sino que la curamos al humo y nos suple con gran ventaja, en ocasiones, a la carne común. Por si es poco, además de aprovechar la carne, sus plumas, de un color café tornasolado, rizadas, que parecen de terciopelo, sirven de adorno a nuestros indios y también a las doncellas.

Y vemos cómo avanzan los indígenas por el agua, cual si disfrutaran de un gran placer...

Observamos también que las riberas de este

inmenso río están bordeadas de plantas acuáticas de muchísimas hojas y de un verdadero dédalo inextricable de infinitas especies vegetales, de aromas indeterminados, donde tan pronto domina el nardo y la violeta silvestres, como extraños jazmines y otras raras flores sin nombre.

En este salvaje jardín, exuberante de perfumes y colores, en apretada vecindad, las plantas trepadoras suben adheridas al tronco de una esbelta palmera o aromático sándalo, buscando para sus flores la luz del sol.

La contemplación de esta naturaleza tan espléndida, donde nada se debe al hombre, casi ha sumido a Diego en una absoluta mudez; y, entregado a sus impresiones, teme romper con sus pasos el silencio de los deliciosos lugares. Sólo el canto de los pájaros turba el misterioso silencio.

El portugués no se cansa de pasear a través de los bosques y por la orilla del río Paraguassú. En éste ha aprendido un ingenioso medio de pescar. A cambio de sus enseñanzas, algo le han dado los indígenas. ¿En qué consiste el procedimiento?

Hacen un tejido de *cimbol,* especie de mimbre, disponiendo sus mallas de tal manera, que los peces fluviales pueden quedar retenidos en ellas, cuando, en la época de desovar, vienen a buscar el nacimiento de las fuentes de agua dulce que desagua en los ríos. Por medio de la malla, adaptada al desagüe de los arroyos, se retienen tanto

las crías como los padres, sin poder salir nuevamente hacia la gran corriente del río, prisioneros de la red en las pequeñas o medianas charcas.

Tan fabulosa es la cantidad de peces que se han criado en una diminuta laguna cercana al río, que Diego debe ordenar a veces a los indios que levanten la malla para que salgan al Paraguassú, por temor a que no tengan suficiente alimento.

Hay días en que Alvares Correa pasea por el río en una especie de canoa de grosera fábrica indígena, remando con una especie de pala. ¡Es agradable navegar en el ligero esquife, favorecido por una suave corriente!

El portugués contempla con orgullo la interminable serie de canales de riego que toman agua en el río, formando acequias, para regar con éstas muchas hectáreas de terreno. ¡Todo ha sido previsto, ordenado y dirigido por él!

La rústica nave se acerca a la orilla. Diego ata a un árbol el pequeño esquife. Luego salta a tierra.

A quinientos pasos se halla la nueva choza del cacique de Itaparica, asentada sobre una loma o meseta que domina todo el suave declive que va muriendo en dirección del Paraguassú.

Es una especie de observatorio, desde donde se puede ver sin ser visto, a merced de espléndidos árboles y laureles.

La situación de la choza no sólo ofrece una bellísima vista panorámica, sino que obedece a

condiciones higiénicas y, más que nada, a ser punto estratégico.

Diego propuso el paraje y enseñó a los indios la manera de construirla con *adobes* cocidos al sol. El espesor de éstos es suficiente para evitar los calores excesivos del clima tropical. Los dinteles de puertas y ventanas son de madera, y la techumbre —cuyo esqueleto es también de madera— está cubierta de *cimbol.*

El portugués náufrago no solamente ha sido ingeniero agrónomo y médico, entre otras muchas cosas, sino que también ha sabido improvisar el oficio o profesión de arquitecto.

Un cerco de tapias de tierra, por detrás de la casa, comprende el terreno dedicado a huerto y corral del cacique.

Diego Alvares Correa acaba de llegar a la puerta de la choza-palacio del jefe de la pacífica tribu de los tupinambás.

IV

La bella Paraguassú

DESPUÉS de los honores de rigor, el anciano cacique de Itaparica, en una especie de jerga mitad indígena y mitad portuguesa —el constante trato con Diego ha producido una especie de lengua mixta como medio de directa expresión entre los dos, además de gestos casi gráficos—, ruega al blanco que le espere un instante. Entra en las habitaciones interiores y vuelve al poco tiempo a sentarse en su hamaca. Al instante se oye una delicada, monótona y tierna canción...

La curiosidad se pinta en el rostro de Diego. El cacique sonríe y le dice, más o menos, estas palabras:

—Yo creo que ésta es la mejor presentación que puede hacerse de mi hija, de la cual tantas veces os he hablado y que acaba de regresar desde el interior del país a la casa de su padre.

Y un gesto de orgullo acompaña a estas últimas palabras.

—¿Por qué me habéis ocultado, hasta hoy, su venida? —inquiere, extrañado, el portugués.

—Quería daros una sorpresa —viene a responder el cacique de Itaparica.

Diego se deleita escuchando la canción de la india, que llega suavemente a sus oídos desde el interior de la casa.

—¡Es una voz prodigiosa! —exclama, verdade-

ramente arrobado. Luego, añade—: Pero ¿por qué no me la habéis hecho conocer antes?

Un encogimiento de hombros es toda la respuesta del anciano indígena.

—Paraguassú es la luz de mis días —dice, después de un silencio entre los dos hombres, oyéndose únicamente la bella canción.

De pronto, el cacique llama:

—¡Paraguassú!

La canción cesa y en seguida se presenta la joven india.

Se hacen las presentaciones rituales y, desde el primer momento, el semblante del portugués revela una viva admiración, un asombro sin límites.

«¿Es posible —piensa— que una muchacha indígena pueda ser tan bella, tan llena de gracia delicada? Diríase que es un milagro... La flor de la selva la llamaría yo...»

En verdad, salvo algunos detalles de raza, la doncella india es tan hermosa que su belleza no repugna al más exigente gusto estético europeo.

Del tipo indio sólo conserva un color moreno aceitunado y el de sus cabellos, que son de un negro intenso, pero algo revueltos y salvajes. Una habitual sonrisa encubre unos dientes perfectos. El juego de los labios está revestido de indescriptible donosura. Sus grandes ojos oscuros revelan el fuego interior que habita en ellos, semioculto, a veces, por los párpados indolentes. Su cuerpo

muestra un desarrollo extraordinario en su edad.

—Es mi obra. Estoy contento de ella —declara el jefe indio con satisfacción.

—Y yo la admiro con toda el alma —añade el portugués.

Notando el anciano que la situación es algo embarazosa para su hija, sugiere la idea de ir a visitar juntos las *tolderías* indígenas. Al salir de la estancia, dice a Diego:

—Ya tendréis tiempo, señor, de ir conociéndola.

—Ha sido muy gentil su despedida —comenta el portugués—. Me ha saludado con tal naturalidad y soltura que cualquiera diría que ha vivido siempre en sociedad.

Mientras los dos hombres se dirigen a las *tolderías,* la india dispone lo necesario para el almuerzo de su padre y huésped. Pero una suave sonrisa vaga en sus labios.

* * *

Cuando regresan, encuentran la mesa puesta, con tal profusión de flores de vivísimos colores que la cabaña presenta el aspecto de un casi suntuoso palacio. Aromas exóticos, también, excitan los sentidos. Infinitas variedades de frutos del país se dejan ver sobre la mesa.

La india Paraguassú, desplegando todas las privilegiadas dotes de su imaginación, hace los ho-

nores de anfitriona con tanta soltura como si no hubiera hecho en toda su vida otra cosa que recibir en su casa a gran número de comensales.

Paraguassú, de una intuición nada común, de imaginación viva, y tal vez amaestrada en secreto para este caso por el anciano cacique, ni falta a las conveniencias ni olvida que se halla en presencia de una persona que la examina hasta en sus más mínimos detalles. Pero ella está en todo, y, con una graciosa sonrisa o una suave inclinación, atiende al huésped gentilísimamente. Y, por primera vez, la doncella siente unas extrañas manifestaciones en su corazón... El ser que tiene delante casi le parece soñado...

¿Qué extraño sentimiento, pues, se va incubando en el alma de la joven? La situación es clara. En resumen: Paraguassú es el prototipo de la mujer que se halla perfectamente dispuesta a entregar su corazón al primero que acierta a ponerse en su camino en tal momento crítico, porque es la personificación de sus sueños, importándole poco que sea blanco o moreno, alto o de baja estatura. Y Diego es para ella ese hombre soñado, advenido de pronto, en el momento preciso.

¿Y es sensible el portugués a los encantos de la joven indígena? Una cosa parece evidente: la presencia de la doncella le maravilla y le ensimisma. Sus ojos la siguen por todas partes; acompañando

sus movimientos, sonríen a sus sonrisas... De esta forma, es difícil para él seguir la conversación con el anciano, su enredoso lenguaje y hasta sus gestos... La incómoda escena se resuelve y termina cuando el cacique dice a su huésped:

—Os invito a pasar al jardín de mi querida Paraguassú.

Todos se levantan. Diego sigue a sus anfitriones.

El jardín no es otra cosa que un pedazo de tierra en donde se hallan reunidos, sin arte alguno, pero con espléndida lozanía, el nardo y la violeta, el heliotropo y la magnolia, la clavellina y el jazmín, que aquí y allí se encuentran espontáneamente, tan pronto en la selva, en el prado o a las orillas de las lagunas y ríos.

En este jardín, entre aromas delicados y colores de la naturaleza que sólo ésta sabe producir, Diego quisiera vivir o soñar...

Al llegar el instante de la despedida, la donce-

lla indígena regala una vara de nardo al amigo portugués y le tiende la mano. Balbucea algunas palabras que Diego traduce y que más o menos quieren significar lo siguiente:

—Al benefactor de los indios. Adiós, *Caramurú.*

Oyendo este nombre, el anciano también lo repite:

—Adiós, *Caramurú.*

Y Diego camina, camina rumbo a su choza, mientras huele, con verdadera fruición y deleite, la delicada y purísima vara de nardo.

* * *

Las primeras manifestaciones del amor, cuando no van enlazadas a ciertas ideas, no tienen el encanto ni la poesía con que el corazón las rodea.

Las flores, el ambiente, el inmenso y secreto murmullo de un mundo de viva naturaleza, rodeando a la doncella indígena, sin darse cuenta de su insólita existencia más que por sus propias manifestaciones, son detalles que en la raza, eminentemente soñadora, de Diego Alvares Correa rodean a la encantadora figura de Paraguassú.

Sin embargo, jamás puede Diego concebir a la joven indígena en los salones de los palacios de su patria, ni en una carroza con lacayos galoneados. Sólo la concibe aquí, en las insólitas soledades del Brasil, pero rodeada de sus flores, de

sus alfombras de pieles de jaguar, puma y agutí.

«Si alguien me colocase a Paraguassú —piensa— bajo un techo de molduras doradas, mirándose a un espejo de nítida luna biselada, sobre una alfombra de Persia, en seguida diría: no, ésa es una Paraguassú falsificada.»

Y esto prueba que los detalles ocasionales son de poderoso efecto en el amor, hasta tal punto que, sin ellos, pierde colorido lo principal, por la ausencia de lo accesorio.

* * *

Una tarde en que Diego vuelve a visitar al cacique, Paraguassú sale a su encuentro y, después, sin interrumpir una labor de pluma que tiene entre las manos, le dice:

—Os esperaba, Caramurú.

—No soy poco dichoso, Paraguassú, de que penséis en mí.

—Me dijisteis un día que no creíais en las castas, y que, si aún existían en el mundo civilizado, no os importaban en absoluto...

—No habléis ahora de castas, por favor... —suplica Diego.

—¿Tenéis miedo de abordar una conversación conmigo?

—De cierto género, sí.

—¡Y yo que quería probar vuestra fortaleza!

—Mi fortaleza es la de un mísero mortal de

carne y hueso. Y ciertas cosas son muy peligrosas de averiguarlas, porque...

—¿Por qué, Caramurú?

—Porque no pueden ser.

La conversación se suspende por un momento con la llegada del cacique. Pero Paraguassú mira al blanco como soñando despierta.

Notándolo, el portugués piensa: «Ella sueña, sin duda, en un amor, en un amor desconocido para mí. En un amor que, con seguridad, no soy yo...»

Por su parte, la indígena es demasiado perspicaz para no comprender la situación del hombre blanco, aunque no se explica ciertas reservas. Y trata de evitar algunas miradas, temiendo que ellas levanten una tempestad en el corazón de Diego. Pero, al mismo tiempo, su vanidad de mujer la impele hacia lo desconocido.

Él, por la suya, no quiere arriesgarse a conocer la solución de un problema, porque le tiene miedo.

Diferentes razones les están colocando en la misma actitud. Temen avanzar demasiado sin poder retroceder más tarde.

Y, mientras la joven borda con multicolores plumas una especie de tocado o pañoleta, el hombre blanco dícese:

«Ella, respetando tal vez su conciencia pura, teme emprender un camino que, más tarde, se

vea obligada a variar. A una mujer de la sociedad portuguesa, por ejemplo, poco le importaría comprometerse ahora, para desligarse después por medio de un frívolo pretexto. La joven india presiente que existe eso en el mundo, pero, siendo ella de una pureza salvaje, no se ha contaminado hasta el punto de ser una mujer de aquella clase. En cuanto a mí, mi situación es difícil. Es necesario hablar y no sé qué decir. Su orgullo de mujer hermosa, halagada por todos los jefes jóvenes de la tribu, por todos los hombres de su raza, quiere algo más que saber que canta maravillosamente. Ella quiere que le diga algo más profundo y esencial para su alma. Acaso quiera que la llame hermosa...»

Cuando el cacique vuelve a abandonarlos de nuevo, requerido por alguna función de su cargo, Diego, haciendo un esfuerzo, puede articular una frase:

—¿Qué os parecen esos jóvenes y valientes jefes que os pretenden?

—Jóvenes, fuertes, valerosos, pero...

No concluye la frase. Mas, para Diego, es bastante tal declaración, y, desde luego, cifra en ella una esperanza.

Paraguassú suspira. Luego, dirige a Diego una mirada profunda. El hombre se estremece, al preguntarle ella:

—¿Qué es el amor, Caramurú?

Disimulando su emoción, como quien piensa lo que va a decir, contesta al cabo de algunos minutos:

—Esa pregunta no ha sido contestada hasta ahora por nadie de una manera concreta y satisfactoria.

—¡Ah!

—En cuanto a mí, yo lo siento como... El amor es... una música que cada cual inventa. No se necesita más que sentir para escribir o componer esa música, cuyos sonidos repercuten dentro de otro corazón. Si hay armonía, el eco la devuelve; si no, se convierte en algo desagradable y triste.

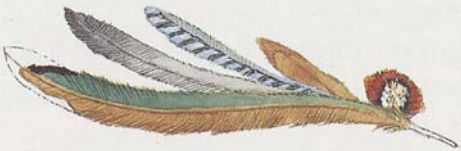
—¿Y no puede haber equivocaciones?

—No, desde luego.

—¡Oh! ¡Cuán bellas palabras!

La llegada del cacique viene a sacarles de esta ya embarazosa conversación.

Breve y casi fría es la despedida. Muchas cosas quedan planteadas pero no resueltas. En el aire, un dulce ensueño...



V

La cacería

El cacique de Itaparica quiere celebrar una cacería en honor de Caramurú, el bienhechor blanco.

Se han elegido los indios más expertos en la caza de fieras, los mejores *rumbeadores* (guías), sin cuyo auxilio nada puede hacerse en la selva que baña el Paraguassú.

El anciano explica al portugués los detalles principales de la empresa:

—Los indios ojearán los bosques, y, con seguridad, nos echarán de sus madrigueras al puma, al jaguar y a otros animales.

—¡Bonito plan! Me gusta mucho —contesta Diego, satisfecho.

Aún no acaba de decir esto, cuando entra Paraguassú, la bella indígena, alegre como la salida del sol...

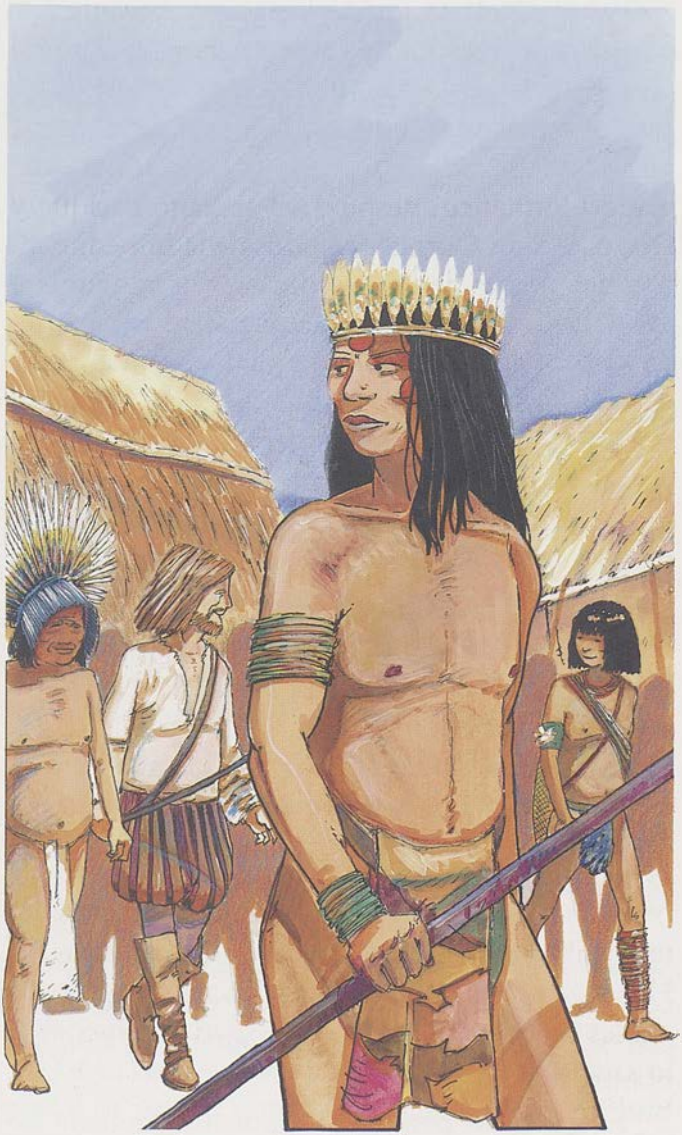
Ambos hombres concluyen de combinar la partida. Cada uno se encarga de su cometido.

Por recomendación de Diego, la doncella cuidará de los víveres, de las vendas por si hay heridas, de las hierbas hemostáticas.

Al frente de los indígenas, con un par de guías rumbeadores, ha de ir un valiente jefe indio llamado Curiñancú; después, el anciano cacique y Diego Alvares Correa, seguidos de la impedimenta y del grueso de la columna, cuyos movimientos deberán obedecer las indicaciones de los indios *ojeadores.*

No deja de ser peligrosa esta clase de caza, si no se toman algunas precauciones, pues una flecha bien dirigida puede matar a una fiera y también a un hombre de la cacería. Para evitar una posible desgracia, se acuerda no hacer uso de las flechas más que en casos muy manifiestos de no haber peligro, dejando a los indios que las *laceen,* y, en caso de ayudarlos, en una lucha de pequeño círculo, a cuchillo. Este último puede ser peligroso, porque, al asestar el golpe, se pone el cazador en condiciones de recibir un zarpazo del animal al que se trata de herir.

Si la lanza es para el indio una verdadera arma ofensiva y defensiva, para Diego es completamente inútil, porque no sabe manejarla debidamente. Llevan, además, las *bolas* y los lazos, armas formidables en sus manos que, manejadas como ellos lo saben hacer, paralizan a un jaguar a la carrera, burlándose de su fiereza.



Dispuestos convenientemente los víveres —carne ahumada y pescado salado, *farinha do pao,* etcétera—, las armas y todo lo necesario para la cacería, Curiñancú —«águila negra»—, con los indios guías, inicia la marcha, a la cabeza de la pequeña columna de cazadores.

Curiñancú viste de gala: *chiripá* de tela de lino y pieles curtidas, sujetas por la cintura. Su gala consiste en unos adornos encarnados, circulares, en las dos mejillas y otro en la frente; y de la cinta de cuero, que sujeta su larga cabellera, parten plumas de colores. Es un indio de unos seis pies de estatura, musculoso y de cierta majestad al andar. Su mirada ha parecido a Diego vaga y fría, como revelación de un extraño orgullo. También le ha creído humillado ante su presencia, y, no queriendo confesarlo, no le ha mirado ni una sola vez, haciendo como si no se apercibiese de la superioridad del blanco.

Paraguassú lleva en el talle un cinturón de cuero, del cual pende un pequeño cuchillo. Diego no puede menos que admirarse al ver a la india preparada de tal guisa para la cacería.

Pintoresca es la comitiva de indios armados de lanzas, bolas y lazos; de los indígenas cargados con las acémilas de los víveres; del cacique anciano, su hija, el altivo Curiñancú y el hombre blanco.

Saliendo del pequeño bosque que limita la *tol-*

dería, se les presenta ante la vista un inmenso campo de pasto rizado, cuyos cogollos están encrespados sobre sí mismos.

Al caminar, levantan verdaderas bandadas de pájaros.

El anciano cacique y Alvares Correa observan un movimiento extraordinario entre los indios exploradores.

—¿Qué puede ocurrir? —pregunta Diego.

—Deben bolear algún puma —contesta el viejo.

Emprenden una carrera desesperada. Efectivamente, encuentran a los exploradores boleando y enlazando a una familia entera de pumas.

Estrangulados en un lazo, traen a dos hermosos pumas, arrastrándolos en veloz carrera. Otros indios persiguen al resto de la familia: unos cachorros. Pronto son atrapados éstos.

Es maravilloso ver la precisión con que cae el lazo sobre el cuerpo del animal, estrangulándolo casi instantáneamente.

—¡Ahí tenéis —dice Paraguassú al hombre blanco— a uno de los reyes de la selva, vil juguete de unos indios!

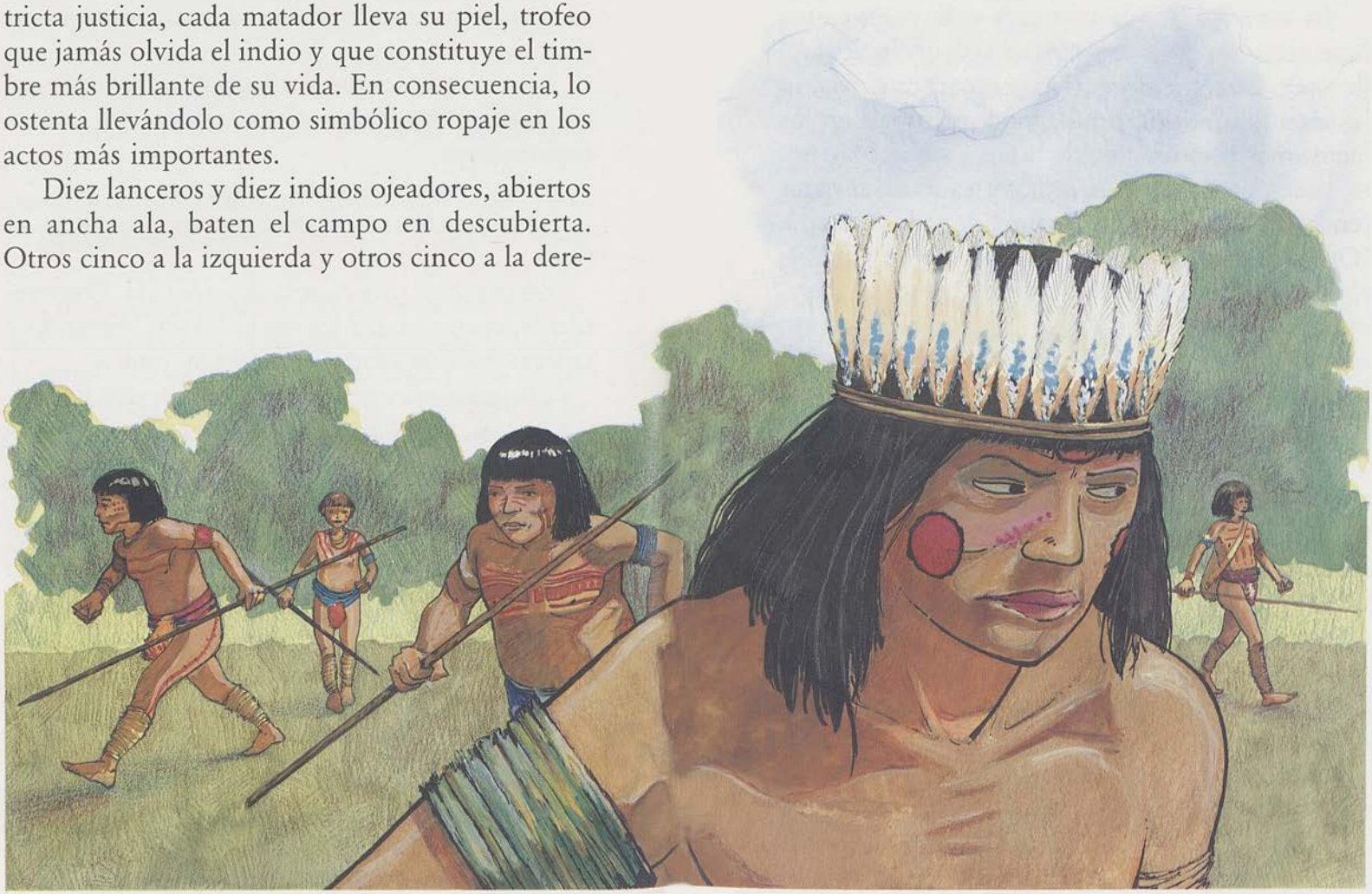
—Como vos, Paraguassú, podéis hacer con el hombre más privilegiado de nuestra raza más perfecta —añade Diego, acercándose a ésta suavemente.

Ya la caza se presenta con los mejores auspicios. Los pumas muertos han sido cinco, hermo-

sos y de la especie más feroz, de color castaño claro.

Se ordena desollar a las fieras. Con la más estricta justicia, cada matador lleva su piel, trofeo que jamás olvida el indio y que constituye el timbre más brillante de su vida. En consecuencia, lo ostenta llevándolo como simbólico ropaje en los actos más importantes.

Diez lanceros y diez indios ojeadores, abiertos en ancha ala, baten el campo en descubierta. Otros cinco a la izquierda y otros cinco a la dere-



cha flanquean el inmenso arco de círculo que los cazadores van describiendo, seguidos por otra retaguardia indígena.

La marcha es a la carrera y más parece una fuga, deteniéndose sólo cuando algún incidente de caza lo exige.

De súbito, los indios de vanguardia hacen señales evidentes de novedad, pues tan pronto se repliegan como se abren, y, al cabo de un instante, detienen su rápida marcha.

El indio Curiñancú, dominado por la caballeresca idea de hacer algo notable en presencia de la bella Paraguassú que cause su admiración, se lanza a una carrera desenfrenada. Los indios, arrebatados por su ímpetu, comienzan a seguirle a todo correr, en una especie de dispersión.

Separados unos de otros, Paraguassú se aproxima bastante al jefe Curiñancú, como más acostumbrada que Diego a esta clase de cacerías.

Es indudable que pasa algo, porque ya se ven los lazos por el aire. El cacique manda que la trompa toque la señal de repliegue a los flancos, pero ya éstos han empezado, con singular conocimiento de casos parecidos, a efectuar el movimiento.

Curiñancú y Paraguassú se han perdido de vista en una depresión del campo. Cuando Diego y el cacique llegan a descubrirles, presencian una escena horrible.

Curiñancú ataca con su lanza a un puma que se ha lanzado sobre Paraguassú, mientras que ésta, puñal en mano, se defiende de la terrible fiera.

Al mismo tiempo, el indio va a ser atacado a su vez por dos pumas enfurecidos.

Es imposible prestarles auxilio a la distancia que se encuentra el grueso de los cazadores. Sin embargo, contando Diego con su puntería, apunta con su arco al puma que se halla más cerca de Curiñancú. El puma, al ser alcanzado, da una vuelta en el aire; pero, en seguida, más furioso, lanzando horrorosos rugidos de dolor al sentirse herido, da alaridos que repercuten en la llanura y salta sin dirección fija. Se comprende que está herido de muerte. Entonces, el portugués le dispara otra flecha y, sin detenerse a fijarse en el efecto que ha causado, enfila su arco al segundo puma.

Es tan comprometida la situación del jefe indio Curiñancú, que no hay lugar para reflexionar si a tan gran distancia se le debe prestar auxilio. Jugándose el todo por el todo, aunque con seguridad, Alvares Correa dispara sus flechas sobre las fieras que atacan al indígena y a la doncella.

Por otra parte, la vida del temerario Curiñancú asegura la de Paraguassú, arrastrada por éste en la imprudente carrera.

La sangre se hiela de terror: ven caer al indio...

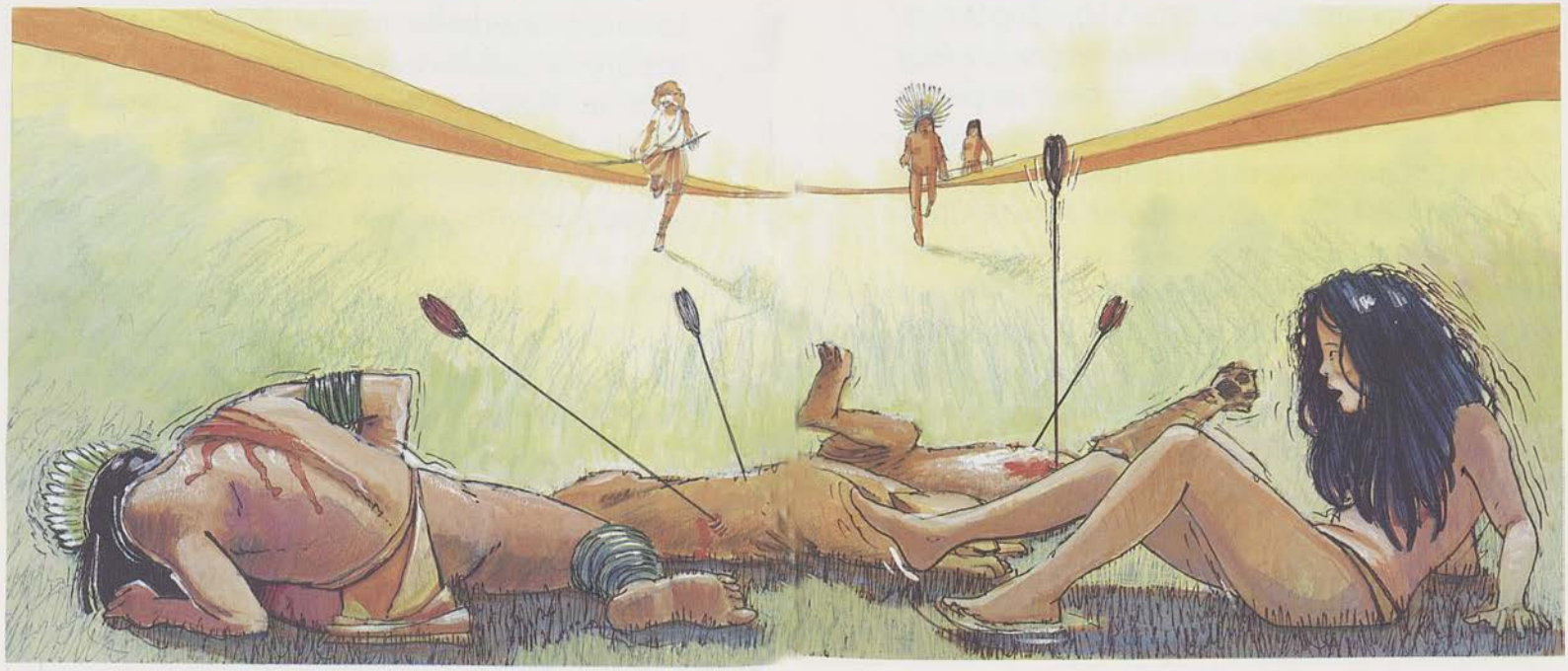
Casi en seguida llegan junto a los atacados dos rastreadores. El primer puma, herido ya por la flecha de Diego, cae bajo el lazo del indio. El segundo tiene atravesado el corazón por la segunda flecha disparada.

Cuando llegan al lugar del combate terrible, el cacique y el blanco se horrorizan: Paraguassú está lívida y desencajada, con el vestido ensangrentado, y no se sabe en el primer momento si está herida o es la sangre del puma la que tiene encima. En cuanto a Curiñancú, se halla tendido en tierra, bañado también en sangre.

Afortunadamente, Paraguassú no ha sufrido más que ligeros rasguños. El jefe indio tiene toda la mano derecha destrozada y, en la espalda, un gran zarpazo que le coge desde la clavícula derecha hasta la paletilla.

Al ver la sangre del herido, Paraguassú cae desmayada.

El cacique atiende a su hija como puede, y



Diego desnuda a Curiñancú. Mientras, casi toda la partida queda reunida en la hondonada.

El portugués, con las vendas traídas a prevención, le pone unos apósitos al herido, y, con exquisito cuidado, se le conduce a un bosquecillo cercano.

Pronto cae la noche. Diego no cesa de atender a las víctimas de la cacería. El indio herido, atacado por la fiebre, delira y nombra muy a menudo a Paraguassú. Ésta, venturosamente, duerme ya con un sueño tranquilo. El portugués la mira con ojos llenos de ternura y ansiedad; desearía...

Cuando el anciano cacique viene a relevarlo en su vela y se tiende a descansar, no puede cerrar los párpados, ni aquietarse, ni reposar en calma. Le asaltan mil encontrados pensamientos... Al recordar que Curiñancú se ha batido con los pumas por salvar a la bella muchacha, los celos le dislaceran el alma y el ser, abrasándolo. Y, en su ensueño, vuelve a ver a Paraguassú como la vio por vez primera, después de cantar aquella melodiosa y melancólica canción: revive los días en que ha comido en la choza-palacio, servido por ella. Comprende que se halla invadido por un verdadero amor, que ha debido prever desde el principio y, además, esperar que aconteciese. Y pronto se halla provisto de una admirable serie de materializaciones físicas. Todos los atributos de la personalidad de ella se aparecen ahora, en la noche

de la selva: el girar de su pequeña cabeza sobre el esbelto cuello, mientras fija en él la intensa mirada de sus ojos oscuros y lejanos; las volubles manos, con sus largos y finos dedos; la ardiente música de su voz —mezclando, en una dulce algarabía, palabras *tupís* con las portuguesas aprendidas de él—, la lentitud de su hablar y su profunda risa. Recuerda con máxima exactitud la expresión de su rostro en cualquier momento dado, mientras le mira intensamente, como revelando de manera ostensible su propio poder, pareciendo como si la mirada vivaz de sus ojos o la expresión de su rostro iluminaran la casa, tal es la radiante fuerza de vida que hay tras ellos. Y aquí está él, sobre la tierra, torturado y en vela. La mezcla de nieve y fuego de su amor le abrasa nuevamente. Todo su cuerpo sufre y palpita y arde por ella, la belladurmiente. Accesos de pasión lo asaltan de tal modo que, a despecho de la ardiente noche, sus dientes castañetean, y le parece como si su corazón fuese cogido por invisibles dedos de acero, cual si de un agudo y verdadero dolor físico se tratase. Pero las emociones, en cuyo centro ha girado, se modifican ahora de nuevo.

Su ansia de Paraguassú se convierte en mórbida ansiedad de compañía, compañía física que, con su sensación de calor contra su cuerpo, conseguiría de todos modos engañarlo en las largas,

solitarias noches, comunicarle un ardor ficticio que alivia su corazón.

Las sombras se han cambiado en una pálida luz. Luego la claridad gris se hace verde, pero de un verde acuoso, como si la tierra emergiese una vez más de las olas de una dañosa inundación fluvial. Mas, hasta que el sol no toca con su garra de fuego una colina de enfrente, Diego no consigue dormir ni que una breve paz advenga sobre él.

Cuando despierta, lo hace a la luz de un sol fulgurante, que sacude su dorada crin en todo espacio abierto con un placer auténtico; una nueva elasticidad y un vigor nuevo van dejándose sentir en el aire diáfano. Sin embargo, Diego no deja de sufrir, al levantarse, aquella antigua angustia, aquel dolor en su corazón...

Mas, de pronto, una súbita esperanza le impulsa a decirse:

«Le declararé mi amor, pero ¿me aceptará ella como esposo y el padre como yerno?»

Y, a paso rápido, se dirige hacia ellos con el corazón palpitante.

VI

Anaconda

DIEGO Alvares hace tiempo que está casado con la bella Paraguassú, la cual le ha dado dos hijos: un niño y una niña. Es un auténtico cacique de los indios tupinambás, y es tenido casi como un dios: todos se guían por sus consejos, todos le obedecen, le ayudan en sus empresas civilizadoras. También ha fundado una población en la bahía de Todos los Santos (que más tarde ha de ser conocida con el nombre de *Villa Velha).* Ha explorado el sur de la región que baña el río Paraguassú y ha hallado unos ricos yacimientos; él los ha convertido en minas, en donde trabajan sus fieles tupinambás. Es un hombre riquísimo, porque tales minas le proporcionan oro, gemas de diamantes, topacios y amatistas. ¡Ah! Si él regresara a España o Portugal... Pero no le interesa volver, pues en las tierras del Brasil ha encontrado el amor, la felicidad, la lealtad y la riqueza, hasta inesperados honores. ¿Para qué más, entonces?

Indios de nuevas tribus que ha llegado a conocer en sus exploraciones hacia el interior del país le han hablado de un río inmenso, caudaloso, de profundas selvas que le siguen, de extraños animales acuáticos, anfibios y terrestres... Le han dicho que muchos otros ríos afluyen a aquél, sirviéndole de afluentes.

Y la pasión de aventura se le acrece en el alma. Ansía llegar al corazón de aquellas remotas tierras y, acaso, fundar nuevas ciudades entre otros indios.

Decide partir con un escuadrón de indígenas, llevándose a su pequeño hijo de cinco años. Ha de conocer éste, palmo a palmo, el país, sus costumbres, su flora y su fauna... Con gran pena por parte de Paraguassú —quien se queda abrazada a su hija—, parten los expedicionarios en busca del gran río y de sus selvas.

Andan, andan. Vadean corrientes. Sufren calores, lluvias torrenciales. Sin descanso, sin descanso, pues están hechos a todas las pruebas.

Caminan en la casi lúgubre oscuridad de un paisaje que está aislado del cielo por los árboles y las matas espesas, donde no hay apenas un solo claro que les permita respirar y reposar. Fluyen corrientes de agua en todas direcciones. En desconcertante desorden, hay nubes de insectos suspendidos en la atmósfera que, sin aire, casi llega a asfixiar, apenas movida alguna que otra vez por el

viento. Abundan los animales de presa y los reptiles de todas suertes: boas, caimanes, el jaguar, etc. Los expedicionarios viven noche y día en constante vigilancia y alerta.

Cuando quieren atravesar un río, comienzan por abatir un árbol, de modo que alcance de una orilla a otra.

Diego piensa en ocasiones y no con cierto temor:

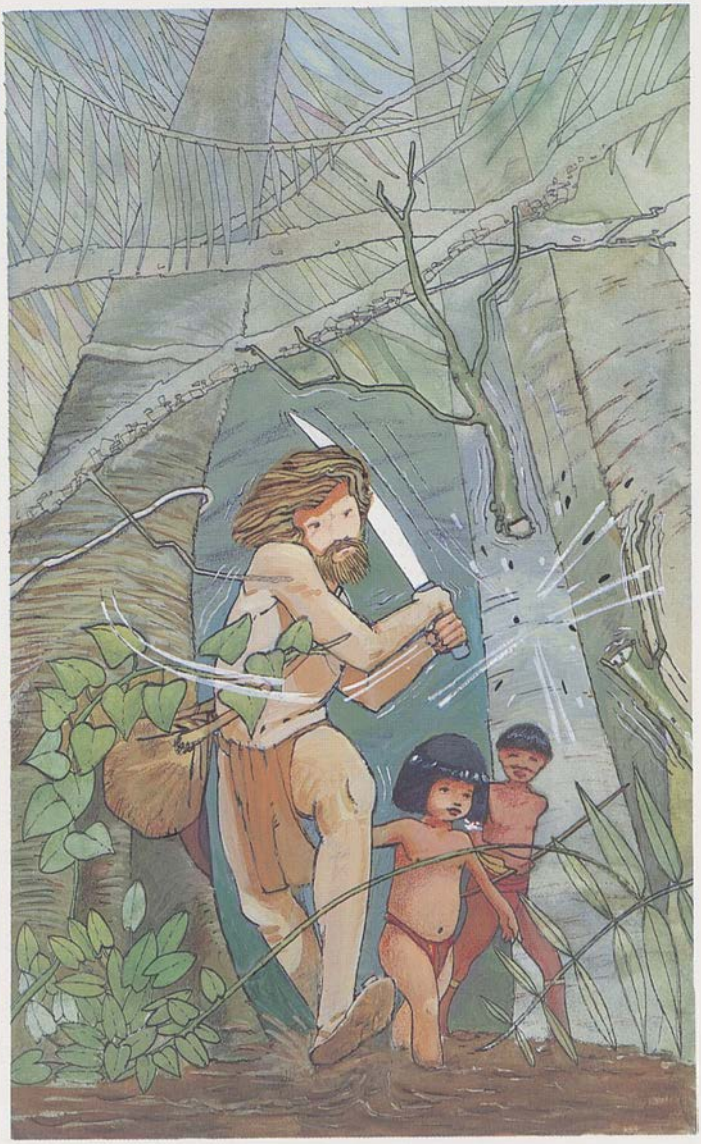
«Acaso nuestras huellas desaparezcan después, tragadas por la selva. Viajaremos durante semanas, durante meses. Nos iremos debilitando poco a poco, en el corazón y en las entrañas, hasta que, abandonando la lucha, vencidos por la potencia de la Naturaleza, desaparezcamos en ella sin dejar rastro...»

Pero su innata valentía le hace reaccionar, y el momentáneo decaimiento huye como un mal pensamiento que desecha a tiempo.

Caminan, caminan, caminan.

Diego se sabe en un mundo nuevo. Las aguas que tienen que vadear son densas: pedazos de frías rocas andinas, marga caliente de la manigua, restos de saurios, de flores y de bestias hacen espeso su fluir.

Diego se siente —justamente por su condición de hombre— como un microorganismo que flota en la selva inmensa, sobre lodos, tierras coaguladas, aguas caliginosas, lianas, musgos, altísimos



árboles, orquídeas, escorpiones, caimanes, serpientes, pájaros...

El portugués, además, oye a cada instante las voces de la selva: la caída y el crujido de una hoja o de una rama, el chapoteo de un tronco podrido, el salto de un pez o de una fiera, el gemido del tucán, el roce de las flores, el empuje del jaguar en la maleza, el aullido de la guariba. Pero todas no son más que una sola: la voz de la selva, única y grande, profunda y terrible.

También en la selva alienta un íntimo latido que, en el fondo y en lo esencial, es el pulso del Brasil. Este latido es atronador junto a los caudalosos ríos y silencioso en los vírgenes bosques, como un alma que escucha.

No corre el sudor en el cuerpo de los expedicionarios, en el cuerpo del niño —hijo del jefe—, sino que se apelotona en las caras y envuelve sus miembros íntegramente, se aglutina con los ríos y con la selva, para unirlos a los tres.

El pensamiento y la vista se estrellan dentro de la inmensidad de la selva, como la mosca que vuela contra el cristal de una vasija invertida. La piel se arruga a causa del beso húmedo del aire, y la voluntad se debilita a causa del fuego exterior.

Diego percibe que el pulso de la selva es la palpitación de un continente, es el trémolo de un espíritu. Los dos, uno sólo. Y se da cuenta de ello ahora, al aceptar el calor como alma de la selva.

«El agua es la sangre del Brasil —dícese—, pero el calor es el alma de la sangre: un calor que huele a vida, radiación de lodo y de la humedad que huele a hojas y troncos, a las alas y cuerpos alertas; un calor insoportable y familiar. Y en el terror de este calor el hombre se zambulle y halla en él una especie de éxtasis. Este calor le retorna a la madre primitiva. El hombre se ha convertido en un embrión[1]...» En un embrión sin voluntad y casi sin fuerza para moverse como los indios de la selva, como las tortugas de la corriente, como las luciérnagas, como las hojas...

Y sus reflexiones no cesan. Inquieren, inquieren:

«Cuando el sol tropical cae sobre una tierra seca se produce la muerte, como en el Sáhara; cuando cae sobre una tierra bien regada se produce la vida, como en la selva brasileña. Brasil, al revés que África, es todo vida. No hay páramo en esta tierra aluvial... Las mayores riquezas del mundo, las de su entraña y las de su superficie, se acumulan aquí para hacer del Brasil la tierra de promisión. Las hojas devonianas, ya podridas, se aprietan para formar el carbón y se licuan para fluir en petróleo. Aquí hay oro, hierro, diamantes. Aquí hay maderas preciosas: árboles inmensos, miles de especies, billones de leguas de árbo-

[1] Waldo Frank: *América hispana.*

les apretados; árboles que desprecian las montañas y las estrellas; sus raíces se clavan en el suelo, enganchan la roca y amarran las entrañas de la tierra: las delicadas y tiernas ramas cimeras recogen el sol, lo enfrían y lo hacen descender a través de las miríadas de hojas; toda la vital escala del aire es una perpetua fuga por el tronco pesado. Todo lo que vive en la selva se pierde dentro de su ritmo dominante: como los insectos, las plantas y la lluvia, el hombre entra aquí, en el gran telar de los árboles, y su vida es una simple emanación que va y viene. ¿Podrá el hombre conquistarla algún día? Difícil, casi imposible me parece, pues su exuberancia es virulenta para su carne y el calor y la humedad e igualdad de los días es un narcótico para su voluntad. ¡El hombre jamás podrá construir herramientas capaces de conquistar la selva! El hombre no tiene más remedio que someterse aquí. Yo mismo me tengo que someter a la selva y dejar toda idea, toda voluntad que me aleje del bosque y de sus leyes. Sólo así puede la selva cobijarme, como guarda a las aves y a los reptiles. Si no accedo, se volverá mi enemiga: tiene serpientes venenosas, grandes hormigas devoradoras, hasta aire en donde acecha la fiebre para derrotarme...»

* * *

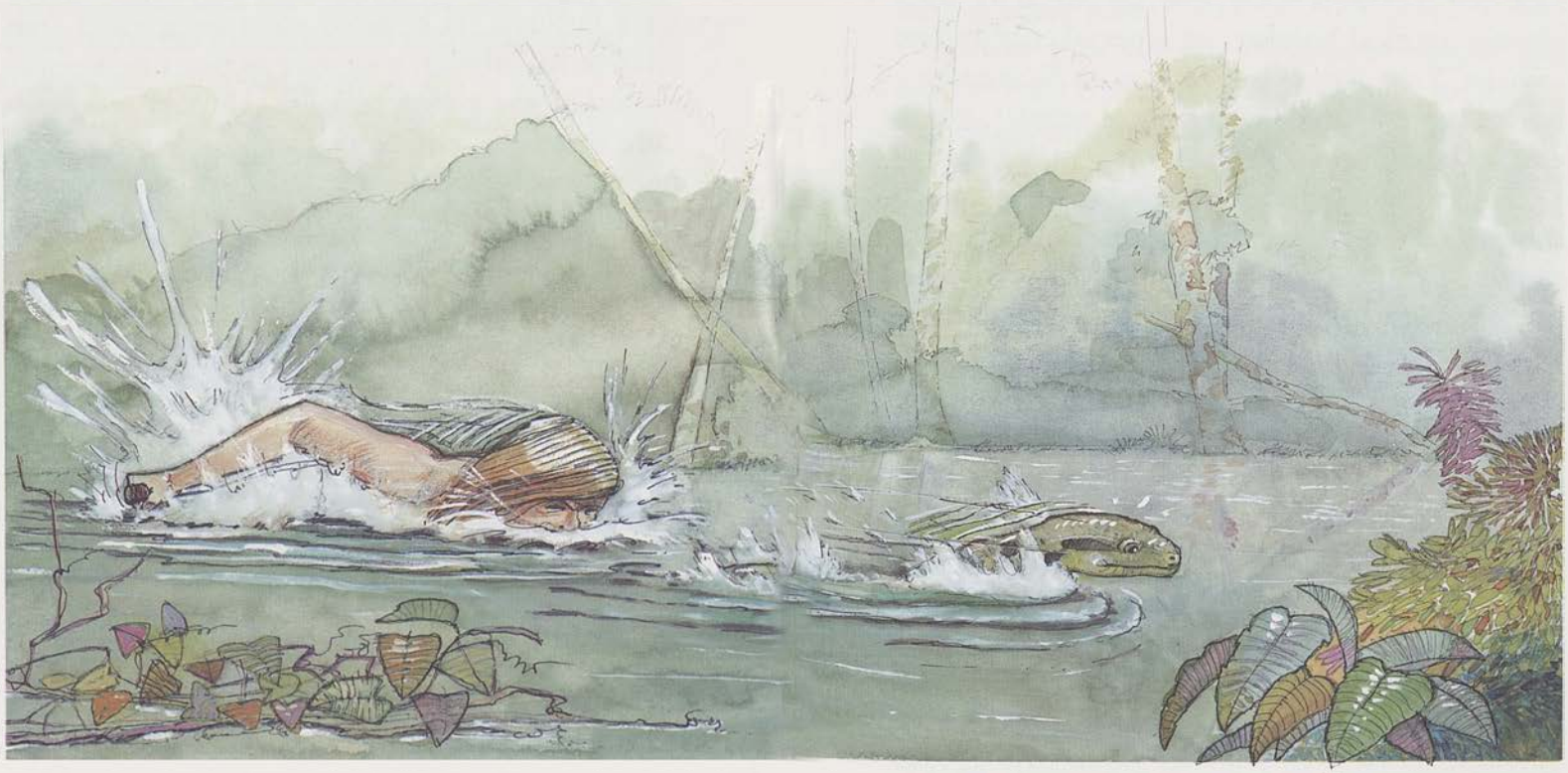
Han llegado a un gran río. El hombre blanco,

su hijo y los indios se lanzan al agua ávidamente para refrescarse. Retozan, se bañan, se zambullen con deleite y avaricia.

El niño se ha quedado en la orilla y chapotea desnudo, mientras el padre nada hacia el centro de la corriente. Cuando éste retorna a la ribera y empieza a vestirse, ve que algo semejante a un cable se desarrolla o se repliega sobre sí mismo por encima del agua, o se incorpora cual si fuese una pértiga.

«Es la anaconda» –dícese, y, sin pronunciar palabra y cogiendo su cuchillo, se vuelve a lanzar al río en busca del ofidio.

El reptil presenta un dorso pardo, con dos se-



ries, muy próximas entre sí, de manchas negras redondas, y, en los costados, dos series de manchas amarillas, con grueso borde negro; su vientre es de color amarillo, pálido, salpicado de manchas negruzcas. Toda ella está cubierta de escamas lisas. Debe medir unos cinco o seis metros.

Diego sabe que el boído se alimenta generalmente de peces, pero teme que, en un descuido, pueda atacarles. Además, el niño... Y también sabe que es poco temible; que, sin embargo, ataca algunas veces al hombre, en especial cuando éste se baña. Y no ignora que se la mata fácilmente y que su carne no es desagradable al paladar, que la grasa y la piel son útiles.

Todas estas reflexiones le acompañan mientras nada. Pero la anaconda, al descubrirle, intenta huir. De nada le vale, porque el cuchillo del portugués se le hinca varias veces en la región ventral. Pronto la larga cinta de su cuerpo flota sin vida en la superficie del agua y comienza a navegar río abajo, llevada por la corriente.

El niño, desde la orilla, da gritos de júbilo y entusiasmo, siendo cercado por los indios desde el agua.

El blanco y los indígenas procuran arrastrar al ofidio hacia la ribera, pero la tarea es difícil.

De súbito, algo tremendo va a ocurrir en la orilla.

Otra anaconda, más gruesa y larga que la ante-

rior —la madre, seguramente—, desciende de un árbol y, en línea recta y con la cabeza levantada, avanza hacia el niño, por encima de juncos, mimbres y hierbas altas. A su vista, éste queda como petrificado de terror, lanza un extraño gemido y vuelve una mirada triste hacia su padre y los indios que nadan en el centro del río. Parece que está clavado en el suelo totalmente hipnotizado, pues la anaconda se le acerca sin que intente dar un paso para huir.

En un abrir y cerrar de ojos, el desgraciado niño se halla envuelto en las anillas del monstruo y ahogado en el espantoso abrazo.

El padre —desde que ha oído el grito de la criatura— ha abandonado su presa y ha nadado velozmente en dirección a la orilla. Pero su esfuerzo ha sido en vano y, con sus propios ojos, ha debido presenciar el horroroso fin del pequeño; la horrible escena y la impotencia le han desgarrado el corazón.

Cuando los indios que han logrado seguirle van a disparar sus flechas sobre la voraz serpiente, detienen el gesto de sus manos y brazos, porque la voz del jefe blanco les ruega:

—¡No matéis a la anaconda! Si lo hacéis o lo hago yo mismo, me parecerá que por dos veces hemos asesinado a mi desgraciado hijo.

En tanto que el boído huye entre juncos y altas hierbas, lleno de sol y de gula satisfecha o

cumplida venganza, Diego Alvares Correa, el *Caramurú* de los indios, el valeroso portugués, el ex náufrago, llora sin consuelo. Los fieles indígenas le imitan.

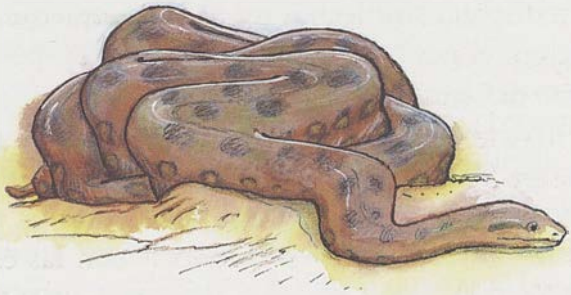
Un tremendo llanto humano brota de la selva y de la orilla de aquel fatídico río. Un profundo dolor y horror lo provocan.

Con el alma destrozada, Diego ordena a sus indios que recojan sus armas y las acémilas de los bagajes para iniciar el retorno.

Cuando penetran en la selva y la orilla del río queda vacía y en silencio, la anaconda asesina vuelve a aquel lugar y, perezosamente, se tiende, cuan larga es, a tomar el sol y a hacer su digestión macabra.

Un olor nauseabundo, emanado de ella, ahuyenta a los pájaros y a los pequeños animales de la ribera.

¡Anaconda! ¡Anaconda! ¡Devoradora de un niño!



VII

Los portugueses se adueñan de la selva

Y llegan al Brasil los portugueses, los compatriotas de Diego Alvares Correa, el *Caramurú* de los indios tupinambás.

Hay convictos entre ellos y ciudadanos perseguidos por la Inquisición. Hay cazadores de fortuna, más ansiosos de dinero que de salvar su alma con heroicas empresas.

Vienen a descubrir y a conquistar la selva con sus inmensas riquezas, en cuyo corazón hallarán minas de oro y de diamantes, maderas de valor incalculable y tantos y tantos otros productos que transportarán a Europa.

El rey Juan III de Portugal está dispuesto a ensanchar el imperio colonial de su patria, pues no le bastan ya los territorios de África y de la India. Por otra parte, lo que en realidad buscan los portugueses es comerciar en las Indias con las especias. Y no llegan a poseer un imperio auténtico,

sino unas posiciones que lo dominan: Socotora, Adén, Ormuz, Malaca, Goa, donde siguen reinando los príncipes indígenas, si bien han de pagar un tributo al rey de Portugal y ceden a los portugueses el monopolio del comercio. El sistema, sin embargo, está condenado a fallar por deficiencias administrativas.

Nadie puede traficar en las Indias sin permiso del rey de Portugal, que se reserva el monopolio de determinados productos. Los portugueses dejan a los holandeses el papel de distribuidores de las mercancías que llegan al puerto de Lisboa, una de las ciudades más célebres y ricas de Europa en el siglo XVI, cuyo boato y fiestas, tan celebradas, hacen prosperar las industrias suntuarias.

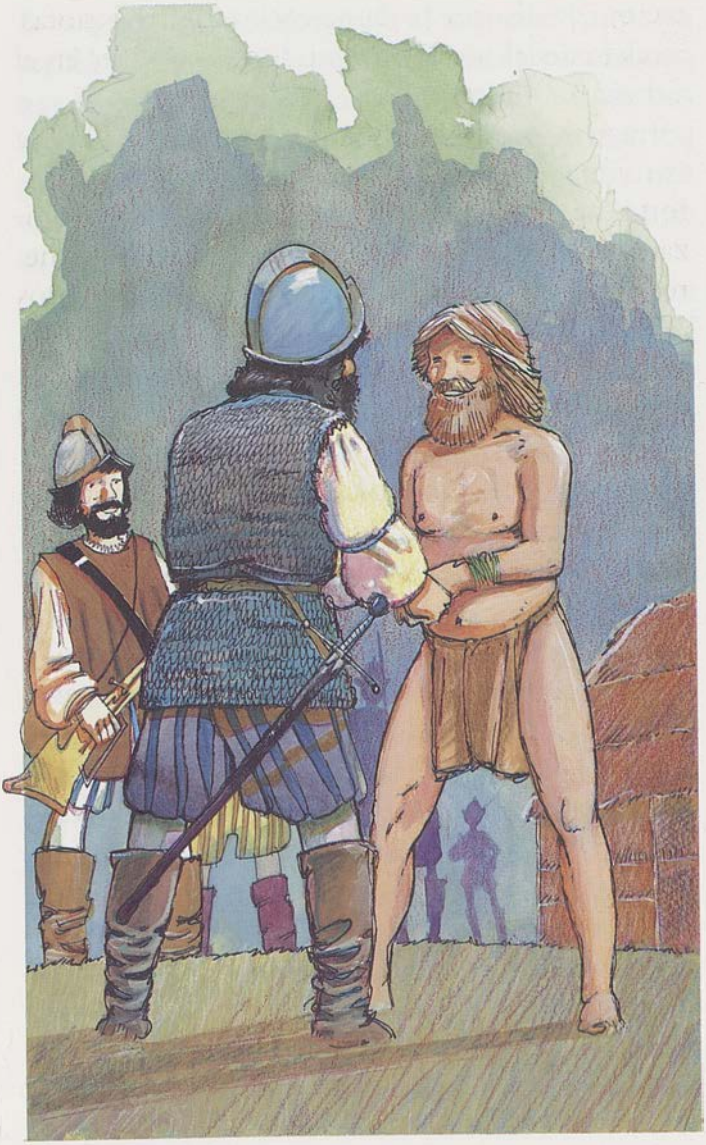
Esto, en cuanto a las Indias orientales; en cuanto a las occidentales, conviene hacer algunas aclaraciones. En primer término, es menester recordar a los Reyes Católicos de España, quienes, para evitar rivalidades con Portugal, solicitaron del papa Alejandro VI el reconocimiento de su soberanía en las tierras descubiertas. El Papa, en una bula (4 de mayo de 1493), señaló una *línea de demarcación,* que iba de un polo a otro, pasando cien leguas al oeste de las islas Azores o Cabo Verde, y se reservan a España las tierras de infieles. Demarcación tan imprecisa, equivalente, por otra parte, a un arbitraje que no se había pedido al Pontífice, no fue aceptada por Juan II de Portu-

gal, que pedía que la demarcación se fijara por el paralelo de las islas Canarias. Los Reyes Católicos rechazaron la propuesta e hicieron, como el rey portugués, preparativos guerreros. Pero se llegó a una avenencia: el *Tratado de Tordesillas* (7 de junio de 1494) desvió tal línea trescientas setenta leguas al occidente de las islas de Cabo Verde, con la reserva de que todas las islas y tierra firme descubiertas hasta el 20 de junio por naves de los Reyes de Castilla más allá de las doscientas cincuenta leguas quedasen para España.

Y es en el reinado de Juan III cuando Portugal inicia la colonización del Brasil, emprendida para contrarrestar la expansión castellana en las regiones del Plata.

Así, una flota mandada por Martín Alfonso de Sousa llega en 1531, veintiún años después de la llegada de nuestro *Caramurú*. Un oficial de aquél conoce a la bella hija del cacique blanco Alvares Correa y de Paraguassú, pidiéndola en matrimonio. Ante tal petición, Diego reflexiona profundamente y, recordando la trágica muerte de su hijo en el interior de la selva, decide aceptar a Paulo Dias como yerno; éste podrá restituir a su hija al seno de Portugal, la antigua patria, liberándola de los peligros del Brasil.

¿Y él, sin embargo? Caramurú está dispuesto a permanecer en el Nuevo Mundo hasta la hora de su muerte, en medio de la selva, aunque en con-



tacto, cuando sea preciso, con sus compatriotas. Él es y será el primer colonizador portugués en el Brasil, la fabulosa tierra.

El ya mencionado Martín Alfonso de Sousa continúa viaje hasta Pernambuco y construye una fortaleza en Río de Janeiro. Establece una colonización que divide el país en quince capitanías hereditarias. Mas este régimen feudal no da buenos resultados.

En 1548 llega al Brasil Thomé de Souza con la misión de formar un sistema unitario, provisto de un gobernador general, que ha de residir en su persona. Ayudado por Caramurú, Thomé de Souza se establece en Bahía de Todos los Santos, echando los cimientos de la nueva ciudad de San Salvador.

Los años siguientes los dedican los colonos a la exploración de las selvas vírgenes, en caravanas que denominan *bandeiras*. De este modo, los *bandeirantes* conquistan la tierra firme del Brasil, la selva llena de riquezas y también de emboscadas. Muchos se pierden sin dejar rastro, pero algunos fundan ciudades, comercian, civilizan.

* * *

Diego Alvares Correa —¡Caramurú!—, ex náufrago portugués, no vive la vida del blanco, sino la del indio: ésta es la única manera de ser feliz en la zona tórrida. Caramurú es, por esto, el genio

de la selva. Su cuerpo ya tiene la tonalidad del bosque y es fuerte como él. Su espíritu, como las hojas de los árboles, recoge el sol y el aire y los difunde por todo su ser. Está siempre jugoso y la savia de una primavera eterna corre por sus venas, en eterno retoñar. Su alma, como el suelo de la selva, está llena de brotes nuevos de imaginación y melodía.

¿Hasta cuándo?

Hasta que su cuerpo, blanco por la muerte, se incorpore definitivamente a la tierra del Brasil o a las fluviales aguas en donde reina la anaconda. Hasta que su espíritu sea luz de los trópicos. Hasta que el adiós supremo sea la última palabra y el último suspiro.

ÍNDICE

		Págs
Introducción		5
I.	La carabela de Nicuesa	13
II.	Milagrosa llegada al Brasil	27
III.	El cacique de Itaparica	37
IV.	La bella Paraguassú	49
V.	La cacería	61
VI.	Anaconda	75
VII.	Los portugueses se adueñan de la selva	87

CEPLI
UCLM

4040141 Tit. nº:310026

UCLM C. Lit. Infantil (CU)

Caramurú y la anaconda

Símbolo del esfuerzo de los hombres civilizados por integrarse en una naturaleza virgen, Diego Alvares Correa es el protagonista, a la vez real e imaginario, de este relato de aventuras situado en las recién descubiertas tierras brasileñas del siglo XVI.
Convertido por los indios habitantes de la selva en Caramurú, Diego vivirá también una intensa historia de amor, superadora de cualquier tipo de diferencias.

Esta obra constituye ante todo una invitación a combatir prejuicios culturales, históricos y raciales, diluidos en un mestizaje integrador.

Colección Trébol